

El Ruedo

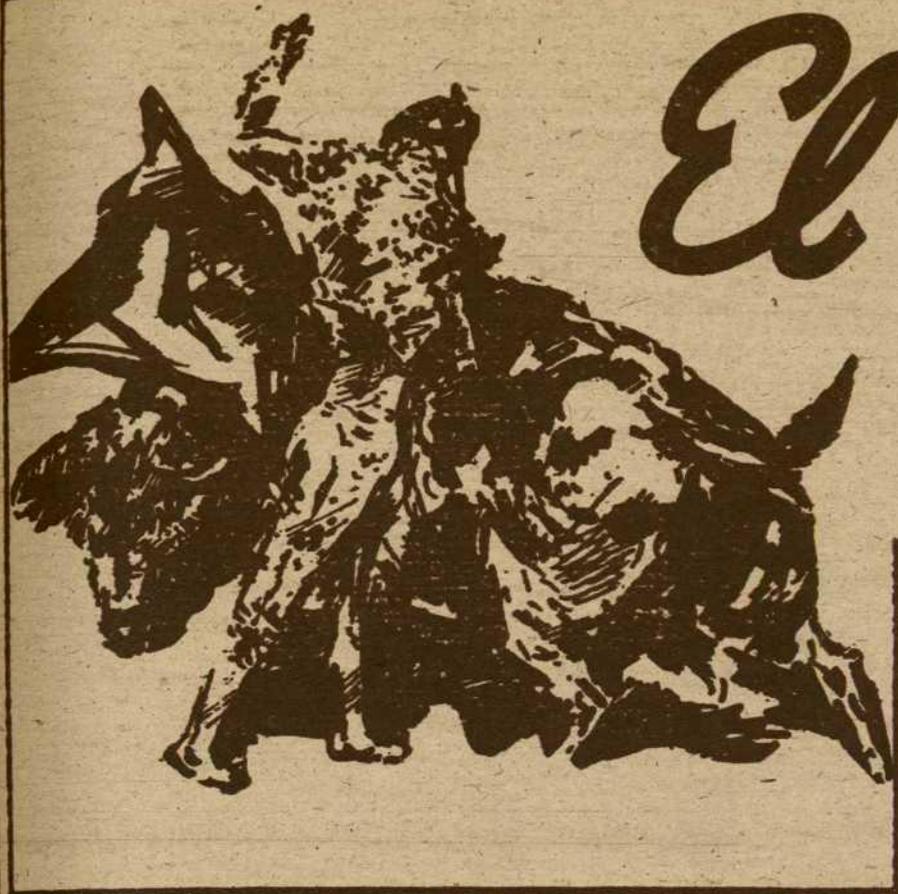


2
Pras

JAAVEDRA



Pepe Luis Vázquez
(Dibujo de Cronos)



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III → Madrid, 28 de febrero de 1946 → Núm. 88



Toscano y Luis Fuentes Bejarano en un momento de descanso durante la tienta celebrada en la ganadería de Tulio e Isafas Vázquez. (Información en las páginas 18 y 19)

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



DESDE que se hizo pública en la Prensa la noticia de que se habían entablado gestiones para que Conchita Cintrón fuese autorizada para echar pie a tierra, pensé que tales gestiones nunca llegarían al resultado apetecido por sus promotores. En efecto, hay en contra una disposición reglamentaria, y para sostenerla, autoridades conscientes de sus indeclinables deberes. Personalmente, sin embargo, me atemorizaba, me cohibía la incondicionalidad con que muchos novilleros se hallaban propicios a apoyar las pretensiones de la gentil rejoneadora. Veía que ellos abrigaban esperanzas de que en

la temporada que se aproxima se darían más novilladas que en la última, y me dolía mostrarme intemperante y, en apariencia, perjudicial para muchos respetables intereses.

Pero he aquí que cuando el coro general se muestra propicio, al parecer, a que Conchita eche pie a tierra, R. Capdevila se pronuncia en contra desde las columnas del gran diario *Arriba*, con un artículo que titula «Toreras, sí? ¡Toreras, no! Pero...»

Capdevila razona, defiende su postura adversa a que Conchita Cintrón pueda echar pie a tierra, y de entre todos sus argumentos, sólidos y excelentes, selecciono el que sigue:

«Descartado que el permiso se hiciera nominal —para la gentil Conchita—, porque la galantería española para con ella no podría llegar al extremo de desairar a la otra profesional peticionaria —nuestra connacional Juanita Cruz—, y descartado que el permiso tampoco sería justo ni previsior hacerlo *nominati* a favor de las dos, con un sanseacabó sin precedente; descartado todo eso, que es de cajón, el error estaría producido para siempre jamás. No ya sólo en el caso de conceder ese permiso —para novillar «a mujeriegas»— con el carácter general que estas normas requieren, sino incluso en aquel de intentar limitarlo, concediéndolo sólo —¿por qué?— a las rejoneadoras. Supuesto —este segundo— de funesto espejismo, pues que la corruptela pícaro (y para qué decir en el pícaro mundo del toro) sobrevendría en seguida: bastaría un paseo por el ruedo, a la mala jineta en un mal jaco, para inundar las plazas de pseudoamazonas.»

Esa brecha, ese inevitable portillo, abierto a la codicia de traficantes desaprensivos, sería suficiente para ofrecernos espectáculos en los que no quiero ni pensar, tales como el penoso y desagradable, en la mayoría de los casos, de la mujer temerosa, desgreñada, con figura poco femenina, descompuesta por el miedo, tan mal avenido con nuestro temperamento, con este modo de ser que repugna la contemplación de una mujer en peligro.

Hasta hoy he abordado el tema, en este «pregón» de EL RUEDO, con cierta timidez y a través de ajenas opiniones; pero después del artículo de Capdevila, y para abundar en las razones de nuestras autoridades en la materia, hago patente la mía, resuelta y definitiva, sin miedo a ampliar y a aumentar los argumentos, de acuerdo con el título del artículo de Capdevila, «Toreras, sí?... ¡Toreras, no! ¡No y no!, pero sin pero, sin dar excusas a la gentil rejoneadora, que como tal me parece admirable.

AYER Y HOY

ADORNOS EN EL TOREO

Por ANTONIO CASERO



ANTONIO CASERO

POR ESPAÑA Y AMERICA

Manolete, máxima actualidad taurina.—Ha quedado solucionado el incidente del cordobés con la Unión de Matadores de Toros y Novillos de Méjico.—Antonio Sánchez tiene más afición que nunca.—Pepe Luis Vázquez toreará en Barcelona.—Pepín Martín Vázquez se despidió de la afición mejicana.—Es posible que Arruza actúe en las corridas de la Feria de Sevilla

NATURALMENTE, en los últimos días, las noticias taurinas más interesantes nos llegaron de Méjico. El día 19 quedó constituida la nueva entidad taurina mejicana, que está integrada por los matadores de toros que se separaron de la Unión de Matadores de Toros y Novillos como protesta contra la sanción impuesta —y no cumplida— a Manolete. Se eligió la siguiente Junta Directiva: Fermín Espinosa, Armillita Chico, secretario general; Jesús Solórzano, secretario-tesorero; Jesús Guerra, Guerrita, secretario de actas, y Luis Procuna, secretario de trabajo. Al acto de la constitución asistieron, especialmente invitados, los espadas españoles Manolete, Escudero, Gitanillo de Triana, Pepín Martín Vázquez y Angelito.

El mismo día 19 se celebró en Méjico una becerrada a beneficio de los subalternos mejicanos. Los picadores El Gordo, Don Felipe, Mota, Barajas, Limberg, y los hermanos Díaz y el actor cinematográfico Cantinflas, actuación de matadores, y los espadas Armillita, Silverio Pérez, Pepe Luis, Pepín Martín Vázquez y Manolete, de picadores.

El día 22 se celebró en Torreón una corrida con ganado de Carlos Cuevas. Los toros, excepción hecha del primero, fueron ilidiables. Fermín Rivera cortó las orejas del primero y cumplió en el otro. Manolete y Procuna se vieron desbordados por las malas condiciones de sus enemigos.

En Lima se han suspendido las corridas de toros que había anunciadas. Hasta el 10 de marzo no se darán espectáculos taurinos, pues hasta esta fecha no llegará Manolete a la ciudad capital. El de Córdoba toreará un mano a mano con Arruza y alternará luego con Juan Belmonte y Albaicín.

La Plaza de Toros de La Línea de la Concepción ha sido adjudicada en arrendamiento a don Rogelio Roca, que se ha comprometido a dar una corrida de toros el Domingo de Resurrección, otra en el mes de mayo, dos corridas de toros y una novillada en julio y otra corrida de toros en septiembre, a base de diestros de máxima categoría. Muy ambiciosos nos parecen los proyectos del señor Roca.

El jueves, día 21, habló por los micrófonos de Radio Nacional el novillero mejicano Antonio Rangel. Le deseamos éxitos idénticos al que alcanzó con su charla cuando actúe en los ruedos.

El viernes, día 22, hubo tiente de becerras en la finca de doña Piedad Figueroa. Dirigiendo las faenas el ex matador de toros Antonio Sánchez y el navarro Julián Marín. Los dos se lucieron mucho. Si Antonio tuviera unos años menos serían precisas nuevas emisiones de billetes de mil pesetas para pagarle lo que en justicia merecería; pero... felicitemos al Banco de España.

Domingo Ortega ha organizado su cuadrilla. Atienza y Cicoto irán de picadores, y Blanquito, Gabriel González y Parreño, de banderilleros. Enhorabuena a todos.

La coincidencia de las fechas de las ferias de Sevilla y de Jerez ha obligado a los organizadores de las corridas de esta ciudad a retrasar la fecha de celebración de sus corridas. En principio, se ha fijado la del 10 de mayo, y aun no se sabe si se darán dos corridas de toros, o una corrida y una novillada.

El representante de Pepe Luis Vázquez ha llegado a un acuerdo con el empresario de Barcelona. El de San Bernardo toreará en aquella Plaza ocho corridas. Que no está mal.

Durante la feria de abril se correrán en Sevilla dos corridas de ocho toros y dos de siete, éstas con la participación de Domecq y Conchita Cintrón. Pepe Luis y Pepín Martín Vázquez torearán en tres, Armillita y Andalucía en dos y Cañitas en una. Esto es lo seguro por el momento. En la corrida inaugural de la temporada lidiarán ganado de Belmonte Gitanillo de Triana, Cañitas y El Choni.

El sábado, día 23, dió una interesantísima y documentada conferencia en los locales del Club Taurino Madrileño el conocido hombre de finanzas y gran aficionado don Lorenzo Ortiz Cañavate, que disertó muy brillantemente sobre "Prehistoria del toreo, o te quitas tú o te quito yo". Fue justamente aplaudido.

El domingo, día 24, se despidió de la afición de Méjico el sevillano Pepín Martín Vázquez. Fueron las reses de la ganadería de Rancho Seco. David Liceaga estuvo mal en sus dos toros. Antonio Velázquez cortó la oreja del quinto y estuvo bien en el segundo. Pepín Martín Vázquez, bien en los dos, perdió la oreja del último porque no tuvo suerte con la espada. Fue despedido con grandes muestras de cariño, y se espera su vuelta en la próxima temporada. En general, la campaña de Pepín en América ha sido excelente.

En Chiclana se celebró el día 25 un festival. Actuaron Pepe Gallardo, Toscano y Ramón Cervera. Los tres cortaron orejas; pero el éxito más brillante fué para Cervera, que se reveló como gran torero.

Es posible que los carteles de las corridas de feria de Sevilla sufran grandes variaciones si, como a última hora se dice, llega Carlos Arruza a tiempo de intervenir en ellas. Por otro lado, si la campaña de Juan Belmonte se prolonga en Lima, toreará en Sevilla el matador de toros Antonio Bienvenida.

El próximo día 3 se inaugurará la temporada en la Plaza de La Piedad, de Sevilla,

con una novillada, en la que actuarán como matadores Fidel Rosales, Larita y Galisteo.

En Málaga matarán toros de Guardiola, el Domingo de Resurrección, el mejicano Cañitas y los españoles Antonio Bienvenida y Parrita.

En la Plaza de Méjico, Rafael Perea, Boni, ha confirmado el día 26 la alternativa, de manos de Luis Procuna.

El Club Taurino Madrileño ha publicado el primer número de su bien orientado e interesantísimo "Boletín informativo".

Ha quedado resuelto el "caso Manolete". La Unión de Matadores de Toros y Novillos recibió a Manuel Rodríguez en su domicilio social. El secretario general invitó al cordobés a que dijera las causas que determinaron su negativa a torear. Manolete dijo: "Nada más lejos de mi ánimo que perjudicar los intereses de la Unión. Me encontraba falto de energías por la mala noche que pasé, a consecuencia del padecimiento gástrico, para poder actuar en esa corrida. Me ofrecí a la Unión para actuar en otra fecha". Con esta explicación se dió por zanjado el incidente, y, en consecuencia, levantado el veto. Manolete, que marchará a Lima el día 4, torca el 27 con Silverio Pérez; actuará en cuatro festivales, y el día 3 celebrará su corrida de beneficio.

Dos corridas goyescas se celebrarán en mayo en Zaragoza. El día 18, sábado, Ortega, Pepe Luis, Antonio Bienvenida y Pepín Martín Vázquez estoquearán toros de Manuel González, y el día 19 lidiarán reses de doña Julia Cossio Armillita, Belmonte, Luis Procuna y Andalucía.

El novillero Antonio Aragón ha sido operado de una lesión nasal que en la pasada temporada le produjo un novillo. Deseamos su pronto restablecimiento.

El próximo día 10 se inaugurará la temporada taurina en Barcelona con una novillada en la que actuarán Eduardo Liceaga, Fuentes y Gabriel Pericás.

Ha quedado ultimado el cartel de la corrida que el Sábado de Gloria se dará en Cartagena. Los toros serán de Concha y Sierra. Actuarán Conchita Cintrón, Pepe Luis Vázquez, Fermín Rivera y Rafael Llorente.

El pasado domingo, día 24, se celebró en Caracas una novillada con ganado de Barrancas, que resultó grande y difícil. El mejicano Pepe Luis Vázquez fué cogido de gravedad por el primero. El granadino Alvarez Pelayo mató los seis novillos. Cortó las orejas de dos, y, al final de la corrida, fué sacado en hombros.

B. B.



Manolete



Arruza



Antonio Bienvenida



Fermín Rivera



Armillita



El Boni



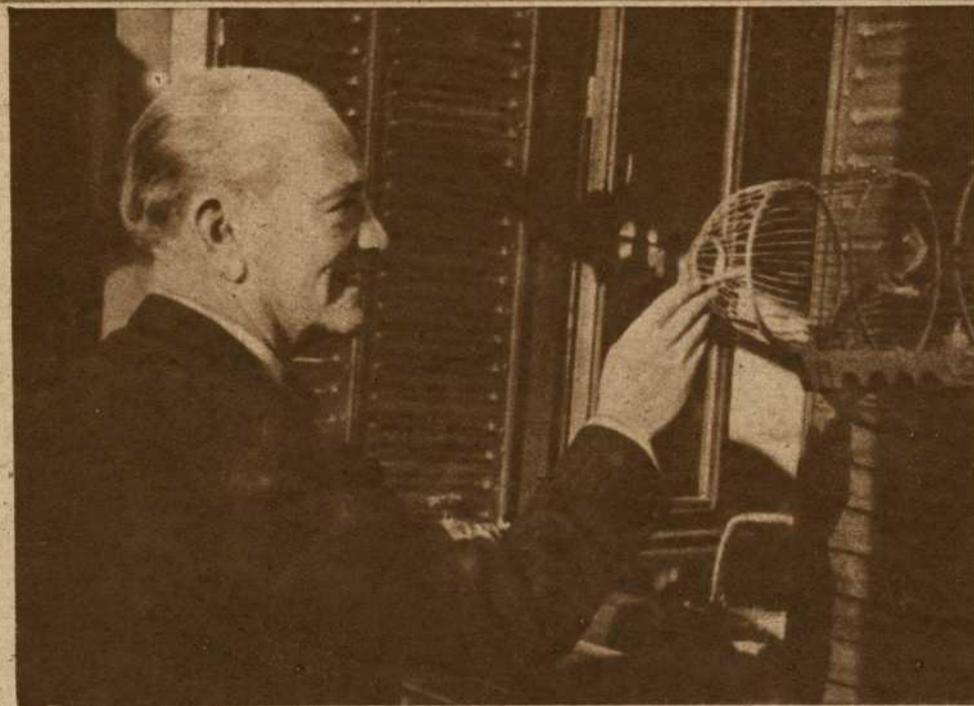
Ortega Antonio Sánchez Eduardo Liceaga Pepín Martín Vázquez Pepe Luis Vázquez El Boni

Hacia el abaratamiento de la FIESTA NACIONAL

La rebaja en los impuestos podría ser la base de la reducción

HE venido a ver al Papa Negro para que me dé su opinión sobre el posible abaratamiento de la Fiesta Nacional. Don Manuel, con su hijo Juan, está en

el jardín de la casa. Cuida las plantas y, de vez en vez, va con Juan a la placita contigua al jardín. Así pasa las horas de las tardes soleadas de invierno. En la galería, flores, pájaros y risas.



En la galería de su casa, don Manuel Mejías llama la atención de uno de los pájaros que posee.

Aquí, abajo, don Manuel, con su hijo menor, trabaja sin prisas en el arreglo de las plantas, que ya apuntan brotes, y torea los dos valiéndose del carretón. Es, naturalmente, el Papa Negro el primero que ensaya las suertes. Don Manuel maneja con sin igual maestría el capote, las banderillas y la muleta. El hijo sigue atento todos los movimientos del que fué gran torero. Nada pregunta Juan. No es preciso hacerlo cuando la demostración práctica la hace don Manuel.

Vine a casa de Bienvenida para preguntar a don Manuel si cree posible el abaratamiento de la Fiesta Nacional, y aunque no olvido el objeto de mi visita, tan a gusto me encuentro viendo cómo el padre adiestra al más joven de los Bienvenida, que tomo asiento en un banco del jardín y hago votos porque la lección sea larga. Y quiero imaginar, yo que nunca vi actuar al Papa Negro, cómo toreaba



Cuanto comenzamos a hablar de las causas que encadenan el espectáculo taurino, deja de sonreír.

este hombre que fué figura cuando había que torrear verdaderos toros y la lucha era dura. Y me figura a Manuel Mejías alternado con el Algabeño, o cualquier otro matador de parecido temple, decidido a disputarse los aplausos a fuerza de arte y de finura en todo momento.

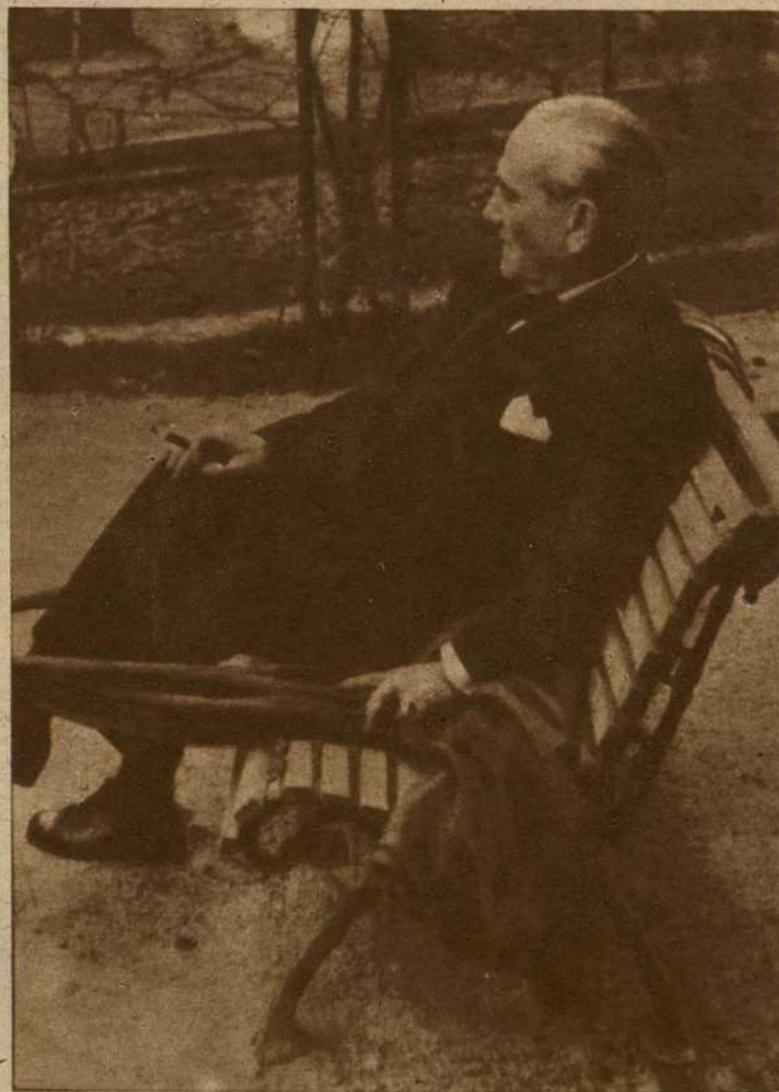
Pasó para él la lucha en los ruedos, pero alcanzó su nombre tan alta fama y firme popularidad, que cuando, después de retirado y antes de que sus hijos triunfasen en las Plazas, fué olvidado el Papa Negro.

Termina la lección, explicada para dar ocasión a hacer unas fotografías, antes de que yo desaloje. Está fuerte y agudo don Manuel. Cuando citaba para dar var banderillas al quiebro, sólo es preciso hacer un pequeño esfuerzo de imaginación para comprender cómo sabía electrizar a los públicos.

Hemos subido a la galería. Me llama la atención una pequeña cabeza de toro en escayola, muy bien modelada, y pregunto quién es el autor de la menuda obra de arte. Don Manuel ríe. Luego me dice que la hizo él, y cuenta: «Desde muy chico

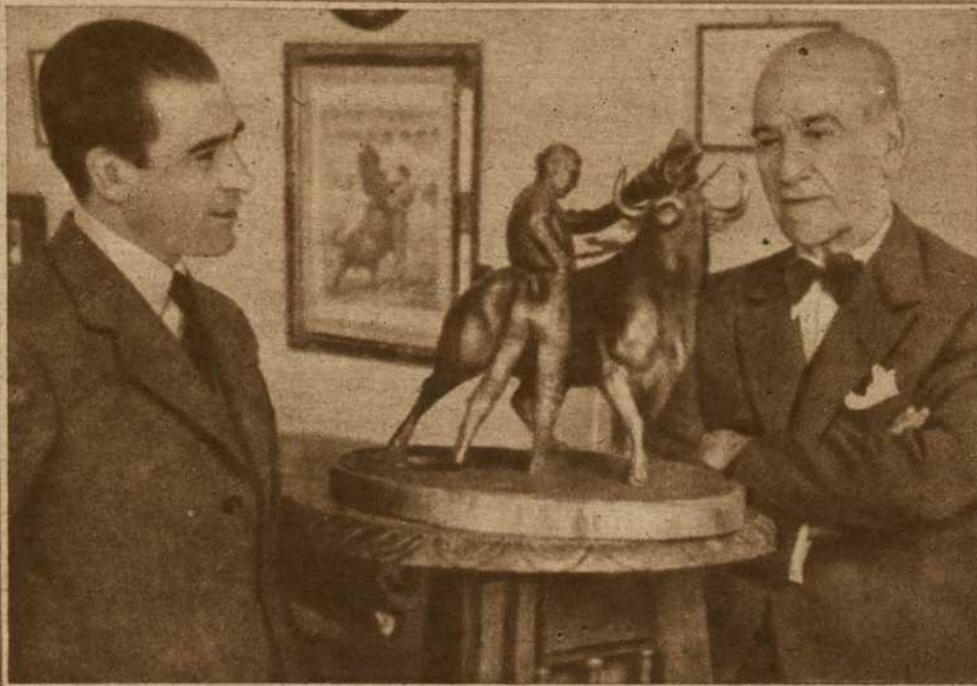


Las horas que pasa en el jardín las dedica al cuidado de las plantas que pronto florecerán.



Con la muleta en la mano izquierda, preparado para dar una lección práctica, descansa.

Don Manuel Mejías, maestro de sus hijos



Con el escultor Antonio Navarro, contempla el grupo en bronce que éste ha hecho recientemente (Fots. Manzano)

En los momentos actuales es muy difícil regir una Plaza de Toros

tres o cuatro figuras. Al hablar de los empresarios, don Manuel Mejías dice que en la actualidad es difícilísimo regentar una Plaza de Toros y que cree que, por el momen-

to, no pueden los empresarios dar solución al problema del abaratamiento del precio de las localidades.

BARICO

pausa. El sabe lo que voy a preguntarle y sonríe. Cuando la pregunta llega, se lleva ambas manos a la cabeza y me asegura que no sabe qué respuesta dar. Es muy difícil acertar. Posiblemente podría ser base de la fórmula que nos llevaría al abaratamiento la rebaja en los impuestos. Por lo que respecta a ganado, nadie mejor que los ganaderos saben lo que cuesta criarlos y nada cuenta la opinión de quienes no conocen a fondo este problema. Los toreros ponen mucho en juego, puesto que exponen la vida, para que se les pida que sean ellos los que renuncien a una parte de sus honorarios. Pero, además, los aficionados no deben olvidar que todo matador de toros que no lidie más de veinte corridas por temporada, no consigue ganancias suficientes para pasar decorosamente el año. Basta hacer un ligero cálculo para convencerse de que esta afirmación es cierta. Ganan mucho dinero



Así banderilleaba el Papa Negro a los toros que en sus tiempos de matador se lidiaban



Apoyado en el estribo, contempla atentamente lo que su hijo Juan hace en la plaza

De chico fué muy aficionado a hacer figuritas de barro, y ahora recuerda su pasión por la escultura

venti gran inclinación por la escultura. Cogía de las ruedas de los carros el barro que me parecía bueno para modelar, y después de trabajado mucho para dejarlo fino, hacía figurillas que no tenían valor, porque nadie me dijo cómo se corregían los defectos que indudablemente tenían. Pero empecé de muy niño a torear, tenía gran afición a los toros, y dejé de modelar. Ahora puedo entretenerme modelando figuritas que luego destruyo; pero esta cabeza de toro la vió el escultor Navarro, la pasó a la escayola y van a hacerla en bronce. Un capricho de los míos, al que no me opongo, porque me recuerda dos de las grandes aficiones de mi vida y los años de mi niñez. Y ya que de escultura hablamos, voy a enseñarle las dos últimas obras de Antonio Navarro Santafé: un grupo en bronce, en el que se reproduce el pase cambiado de mi hijo Antonio, y una cabeza de toro, para la que ha servido de modelo mi esposa, de la que se hará la figura principal del mansoleo de los Mejías en el cementerio de Sevilla.

Hay luego una



Arriba: Julián Marín y Antonio Sánchez char-
 en en un descanso de las faenas.—Abajo: Ju-
 lio Aparicio, futuro as de la tauromaquia, en
 una media verónica



Antonio Sánchez recuerda sus buenos tiempos al torear de muleta



ANTONIO SANCHEZ EN UN TENTADERO



Julián Marín

UNA gran mañana de sol
 adorna esta fiesta cam-
 pera. Pura Andalucía
 en el corazón de Castilla, casi
 dentro de Madrid, la capital
 de España. Y bajo el puente
 de San Fernando cruzan los
 toros, achuchados por el ma-
 yoral.

Teodoro es el timón. Con
 su palo al hombro, hace el
 apartado. Y cuida de que to-
 do mantenga un orden.

Y una placita, chiquita, le-
 vantada con poco esfuerzo,
 es marco de las faenas que
 presenciamos.

Aldovea atrae. Por allí han
 pasado las máximas figuras.
 Ya no se siente esa expecta-
 ción de los primeros días.

Anchos sombreros... ,
 trajos cortos... , atuendos
 camperos. Y rostros bronceados
 en los mozos del lugar,
 que no se separan de Teodoro
 Polo, el mayoral de Aldovea.

Preparativos de faena. Zahones
 y botos en los dueños de la
 finca, que también practican
 el toreo. Picas, capotes y mu-
 letas. Sin fundón de estoques.

Contraste asombroso, porque
 aquí no se matan reses. Se
 las cuida, para luego embar-
 carlas con dirección a las
 Plazas. Esos cosos monumen-
 tales que agotan todas las ca-
 madas.

Una voz resuena, potente,
 en la arena de la pequeña
 placita:

—¡Becerra... , je! ¡Je, be-
 cerra!...

Y a ella se va Antonio
 Sánchez, que no ha perdido
 ni el estilo ni la figura de
 sus años mozos. Viéndolo, se
 siente uno rejuvenecer.

Y el recuerdo de aquella
 cogida de la Plaza de Tetuán
 es presagio de desgracia.

Sin embargo, no ha perdi-
 do la firmeza. Allí está el
 gran torero madrileño, que,
 con sus recortes y cambios,



Julián Marín toreado de muleta al natural

llena de entusiasmo a los aficionados
 que llegaron de Madrid, invitados por la due-
 ña de la casa.

Ya está la becerra en suerte... Y Ma-
 driles, el picador, a la espera de hundir su
 puya en lo alto.

—¡Buena sale!—dice el mayoral.

Y para confirmación se revuelve la res.
 Acomete con fiereza y se crece en el cas-
 tigo.

Todo queda anotado en el libro. Ese re-
 gistro, meticuloso y continuado, que se
 lleva en toda ganadería.

Y así hasta completar la faena, prepa-
 rada por la mañana y concluida al filo de
 media tarde.

Julián Marín, Isidro Marín y un nuevo

Un bello lance de capa de Antonio Sánchez



JULIÁN MARÍN

LE AYUDO EN LAS FAENAS

y se prepara. La labor, por tanto, ha sido beneficiosa, y el polvo cubre los botos, las cejas... Y el resecado de los labios desaparece con un trago de grueso vino.

Y vuelta a torear. Adornos, suaves lances con la capa... Este muchacho ha aprendido mucho y se nos presenta como gran maestro.

Luego, Antonio Sánchez. No hay nada que olvide en esta actuación, casi familiar, pero que la vive con toda intensidad.

Aun está fuerte, y su brega es juvenil, vistosa, recia, como el arte de los toros.

Julito Aparicio ha sufrido un revolcón. El que precisan todos los que aspiran a fenómenos. Es un bautismo de dolor, pero que da vigor y coraje al que lo tiene. En todas sus intervenciones existen destellos muy estimables. Y resuenan los aplausos en dos naturales muy ceñidos, que podría firmar cualquiera de los que son discutidos por los aficionados.

Ha sido una jornada grata. Que se olvidará en cuanto los coches se pongan en marcha.

El sol va poniéndose, y el ganado vuelve a ser conducido por el mayoral. Y los toritos, obedientes, dóciles a la voz de Teodoro Polo, van acercándose.

Sin embargo, los lances de Antonio Sánchez han dejado un recuerdo. A sus años, mantiene la pureza más sublime del arte taurino.

Los años no han pasado. Se han estancado. Y aún nos obsequia con la magnificencia de unos recortes lentos, como hoy se estilan.

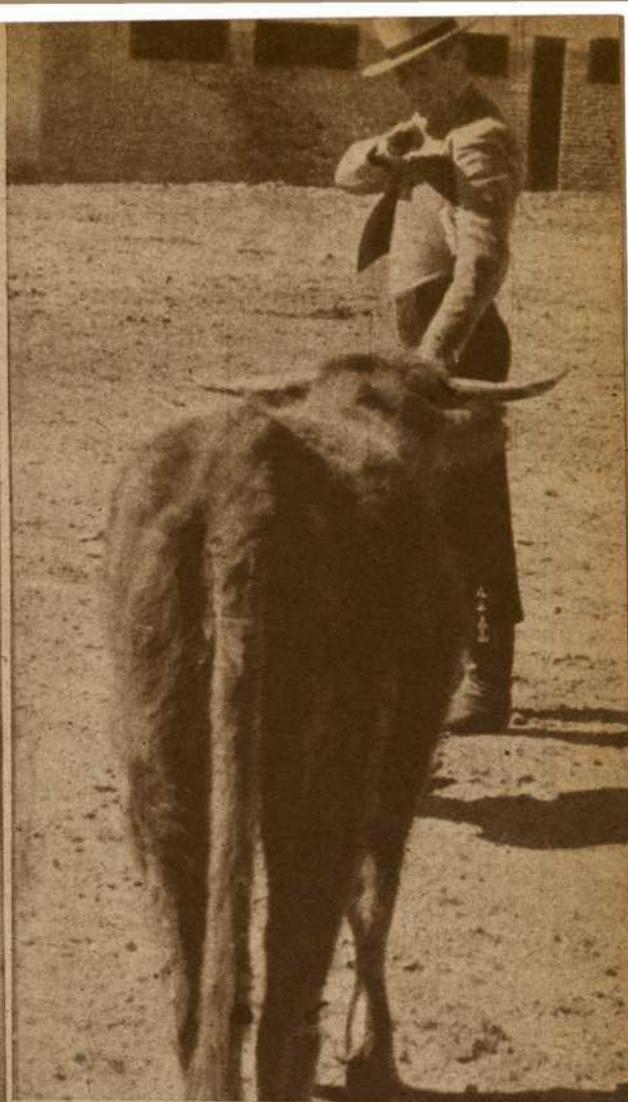
Lo viejo y lo nuevo se han fundido en una sola persona.

Y los del "momento" elogian lo que vieron esa tarde en Aldovea.

JOSE CARRASCO



Antonio Sánchez



Arriba: Julián Marín perfilándose en el simulacro de la suerte de matar.—Abajo: el mismo torero en un buen ayudado por alto (Fots. Manzano)



El navarro simula con gracia y elegancia un par de banderillas

aficionado, con doce años, han acompañado a Antonio Sánchez en la tarea. Han alternado en capa y muleta.

Y Julito Aparicio, quizá por su juventud, o también por el arte que derrocha, es quien se lleva los aplausos en mayor proporción.

Antonio Sánchez lo abraza. Es la felicitación de quien recuerda sus principios. Sin el apoyo y la admiración de hoy.

Por ello, se siente alegre, viendo que aquellas luchas han desaparecido y que los torerillos de hoy encuentran un camino claro. Como el de este día, pleno de sol, como un brindis a la fiesta.

Julián Marín, el torero navarro, ha trabajado de firme. Pronto habrá de actuar,



Antonio Sánchez sale de un par de banderillas con sin igual soltura

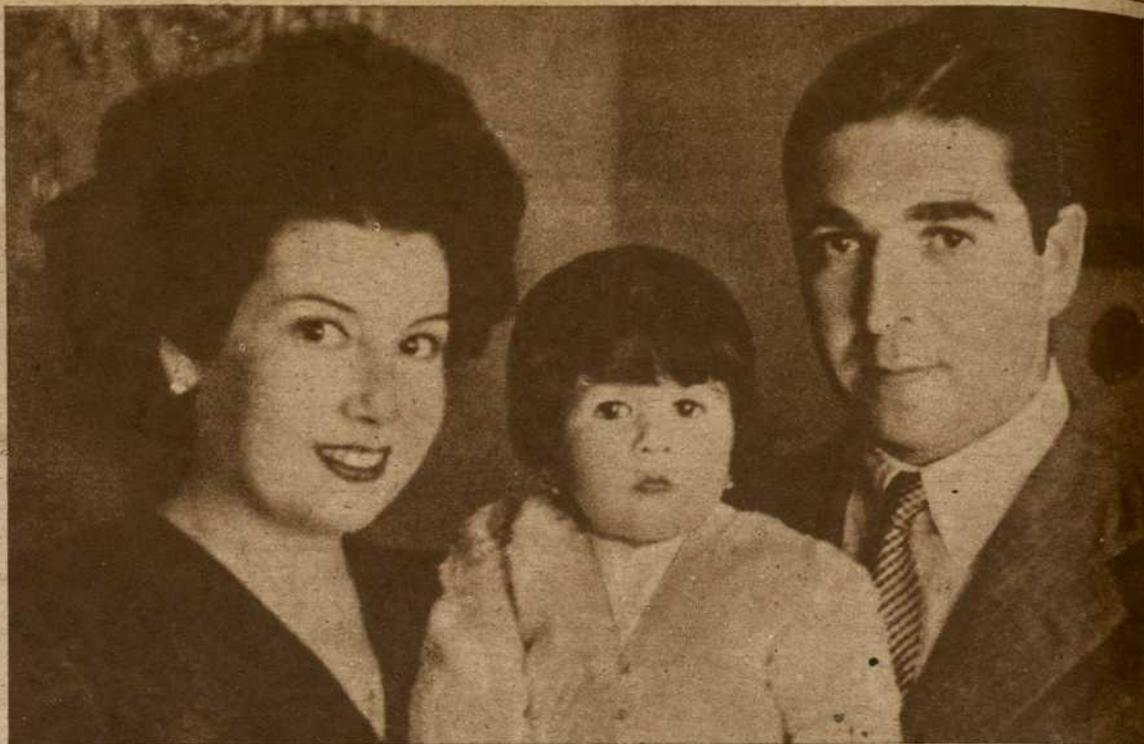


Antonio Sánchez explica cómo se debe torear al natural



LOS TOREROS EN SU CASA

CUANDO TOREA PEPE BIENVENIDA, a PASTORA PEÑA le dan el parte por teléfono en cada toro



Pastora y Pepe con la hija de ambos

(Fot. Manzano)

PEPÉ Bienvenida —como tantos otros toreros de hoy— es la antítesis de aquellos lidiadores que nos presentan el teatro y la novela: jaraneros, bullidores, señoritos de «coimao». Nada de eso. Ni un cajero de Banco —pongamos por persona seria, por «mor» del cargo— es un padre de familia más padrazo y más hogareño que el mayor de los chicos del señor don Manuel Mejías. Vive Pepe en una casita pequeña y moderna de la calle de los Hermanos Miralles, muy cerca de la jarana del mercado al aire libre. Con su mujer, Pastora Peña, y una pequeñuela de quince meses, graciosa y traviesa, que es la felicidad del hogar. La vida de Pepe Bienvenida son esos dos grandes amores: su mujer, que por amor también dejó una carrera brillante en el cine y un éxito en la escena en plena juventud, y su chiquilla, que le tira de las orejas y le aplasta la nariz y hace todas las «monadas» que una cría debe hacer para que el papá se derrita de ternura.

Cuando hemos ido a visitarle para traerle a esta galería de *Los toreros en su casa*, el matrimonio de artistas y la pequeñuela, hija, nieta y bisnieta de gente importante del escenario y el ruedo, están jugando, en íntima escena familiar, esperando que sirvan la mesa para el almuerzo.

—¿Qué vida hace su marido, Pastora?—hemos preguntado a la mujer.

Y ella, con el orgullo de la mujer amada, contesta:

—La vida de hogar. Y cuando sale, siempre conmigo.

—Pero, ¿cómo distribuye la jornada? ¿Es madrugador?

—Por las mañanas se levanta siempre a eso de las nueve. Y más ahora, con este despertador...

—¿Qué despertador?

—Este—y señala a la niña—. Es infalible. A las nueve ya está reclamando el desayuno. Después de eso, no hay quien duerma. Pepe se viste y sale de casa hasta la hora de comer. Dedica la mañana a los deportes, casi siempre a jugar a la pelota. Así se conserva en forma para cuando llegue la temporada...

—¿Y luego?

—Después de almorzar, suele ir a casa de su padre, a charlar un poquito de toros con don Manuel. Y de allí viene y salimos juntos.

—¿De paseo?

—Casi siempre, al cine. Vamos casi todas las tardes del año. Los dos somos muy aficionados.

—¿Y por la noche?

—Generalmente, no salimos. Sólo cuando vamos a un estreno o alguna novedad interesante, pero poco.

—Luego, cuando llega la temporada, cambia la cosa...

—Sí, no me diga; eso es lo peor...

—Con una inquietud constante...

—No es vivir.

—¿Tiene usted ganas de que se retire?

—Ya lo creo.

—¿Y no le anima... para que se desanime?

—Eso, no. Le respeto. Es su voluntad, es joven... ¿Quién le quita de torear a un Bienvenida?

—Cuando torea Pepe, ¿qué hace usted?

—Estoy siempre en casa, esperando las noticias. ¡Y con una gana de que se acabe la corrida!

—¿Para saber lo que ha pasado?...

—Sobre todo, para que se acabe el peligro. Noticias las tengo antes. ¿Cree usted que me iba a estar sin saber nada toda la tarde, habiendo teléfonos?

—¿Quién le avisa?

—El mozo, a cada toro.

—¿Y en provincias?

—En cuanto acaba la corrida.

—Ya le queda a usted poco que sufrir. Pepe, a los treinta y dos años, ha conquistado una fortunita.

Tercia el «mataor» en el diálogo:

—Tres o cuatro años más...

Y la mujer, vivamente, replica:

—¿Pero no me habías dicho que solamente dos?

Y él:

—¡Bueno! Eso, se dice...

Comenta ella, resignada:

—Ya lo oye usted. Ahora son cuatro...



Pepe Bienvenida posa para el fotógrafo con su heredera

FELIX CENTENO

RUMBOS Y TUMBOS DE LA FIESTA

UNA DE LAS CAUSAS FUNDAMENTALES DE LA CRISIS ES LA FALTA DE NOVILLEROS



Joselito

Se acerca una nueva temporada. ¿Cuáles son sus rasgos, cuáles las perspectivas? No es difícil predecir unos y otras. Se adivina fácilmente. Vamos al estancamiento. Esto es, a que todo siga como estaba. Con una diferencia únicamente. Y ésta esencial. La situación de preponderancia, inamovible, de determinadas figuras, permitirá que las pretensiones, lejos de ceder, busquen rumbos ambiciosos de incrementarse.

Valencia II



Belmonte

Y, por otra parte, la carencia de ganado, como consecuencia de la atroz sequía sufrida —con su derivación de falta de pastos—, se traducirá —de lo que ya hay más que atisbos— en una subida de los precios de las reses de lidia. Por todo ello, el panorama se presenta inquietante. ¡Todo más caro! Muchas gentes se preguntan: "Pero, ¿es que estas subidas no se pueden cortar? Se imponen tasas a muchos productos, se establecen tarifas irrebasables para géneros y para actuaciones. ¿Por qué no ha de haber unas cifras máximas y mínimas para toreros y ganaderos?" El intento no sería impracticable.

De todos modos, hemos de reconocer que la culpa de que las cosas vayan por donde van está en la crisis que se sufre, que no tiene semejanza con las de tiempos pasados. Porque si hubiera una competencia —sobre todo, en lo que se refiere a los artistas—, las ambiciones tendrían que recortarse automáticamente. La realidad es que estamos como estábamos, y que no surgen valores nuevos. Siempre hubo una extensa zona novilleril, antesala de los doctorados, promesa de futuros "astros", y el gremio tenía cubiertos sus diversos sectores. Ahora, desgraciadamente, no surgen los novilleros punteros que atraigan la atención. El interés está cifrado en las corridas de toros, y, dentro de la corta gama de combinaciones que en ellas se pueden ofrecer, todo lo acaparran unos cuantos nombres. Tan pocos, que pueden contarse con los de



Juan Luis de la Rosa

dos de una mano, y sobran dedos. Es cierto que en todas las épocas hubo la pareja que se situaba en la cima, y cuya competición avivaba las más encendidas pasiones. Pero, después, se contaba con un núcleo importante de matadores de toros, de categoría semejante, que llevaban sus peculiaridades, y la garantía de sus éxitos, y sus personales condiciones, a los carteles de las Plazas españolas. Actualmente es distinto. Ese grupo está también notoriamente limitado. Los toreros que interesan son pocos. Los que apasionan, sólo dos. Y el novillero que despierta fervores, que significa una promesa, que provoca entusiasmos, no aparece por ninguna parte.

Los que ya vamos dejando atrás, y —hasta lejos, la juventud, recordamos— es forzoso confesar que con nostalgia— aquellas parejas de muchachos que llegaban "pigiando", y en cuya competencia se situaba una expectativa casi mayor que la que pudieran producir los consagrados. Era en ese sector de los novilleros "adelantados", en perspectiva de obtener la gloria, donde se daban los más interesantes "fenómenos", los más consumados artistas. ¡Tiempos de José y de Belmonte! Granero y Juan Luis de la Rosa, Marcial y Valencia II. La lista que se puede evocar es mucho más larga. Queden esos nombres a título de ejemplo. Si los "maestros" concitaban el interés, y mantenían el fuego sagrado de las preferencias, y las acaloradas polémicas, en los peldaños previos, en la grey de los aspirantes no faltaba un par de estilistas —unos, por su elegancia; otros, por su valor, el muletero o el estoqueador— que tuvieran en ascuas a los aficionados. No se ve ahora por ninguna parte, ni la pareja, ni siquiera el caso individual. Y los que llegaron hace tiempo a los puestos de primacía, en ellos se mantienen. Después de la aparición del diestro mejicano, que había de disputarles laureles y credenciales al cordobés —disputarle hasta el "modus vivendi" con que se ha fraguado la gran burla para el público—, no ha venido nada nuevo. Vamos a seguir en el estancamiento. No habrá frenos para las codicias. No habrá arreglo para la política taurina que se instauró, y es ya un hecho irremediable. Lo único que podría cambiar el monótono paisaje sería la revelación del héroe desconocido. Y no surge. Ni parece que, por ahora, vaya a surgir. Y no hablemos de una pareja,



Granero

de la pugna de dos valores incipientes y que puedan inspirar pasión y señalar un horizonte de más amplitud, porque de eso, ¡ni hablar!

¿Es que se ha debilitado la afición por los toros? ¿Es que ya no sueñan los adolescentes con que, en las arenas y frente a las multitudes, están la gloria y el oro? ¿Es acaso que se ha puesto la fiesta, y concretamente, el ejercicio de torear, en una forma que cierra portillos y se hace inasequible? No lo creemos. La crisis pasará. Vendrán los "revolucionarios". Así ha sucedido en todos los tiempos. Y entonces, los que están arriba, en una posición hartamente cómoda, tendrán que ceder en sus desmedidas ambiciones. Pero, por lo pronto, ese cambio no se vislumbra. Y la temporada, que ya está encima, llega con malos vientos. En suma: no hay cosas nuevas. Pero la actitud del público, que ya empezó a dibujarse en muchas Plazas y en muchas ferias en la temporada pasada, ¿no puede ser un cambio fundamental? Ya veremos.

FRANCISCO CASARES

Marcial Lafuente



ALVARO DOMECCO quiere ganar mucho dinero esta temporada para terminar las obras del ORATORIO FESTIVO



Alvaro Domecco, durante los días invernales, va poniendo en punto a sus caballos

se abstraía en la contemplación del humo, el fuego y la ceniza, e intenté volverle a la realidad:

—¿Y después, qué?

—Después..., para otra temporada, una docenita de corridas «a gusto» y una dedicación a los míos, a mis cosas. Creo que ese es mi deber.

—De acuerdo; pero no olvides que tras las obligaciones que te creaste de culminar las obras del Oratorio Festivo y de construir las Escuelas rurales, hay ya un público aficionado al arte del rejoneo que espera tus actuaciones.

—¡El público! A él debo todo. Sus aplausos colmaron mi ilusión y fueron estímulo en instantes de desaliento o fatiga. No sólo lo encontraba cordial y cariñoso en cada Plaza, sino que luego me seguía por todas las demás, y hasta mi casa, enviándome cartas y telegramas conmovedores. Mi gratitud a los públicos de España quisiera expresarla algún día.

No le contesté que esa gratitud iba a quedar estampada, con toda su espontánea sinceridad, en estas páginas de EL RUEDO, y me interesé por otros aspectos de su vida: el viaje a América, el cine y los caballos.

—Me ilusiona ir a América—dijo—; pero no lo haría antes de terminar el Oratorio. Después, ya vería, si las

¿Cuántas horas cada día ha de entregarse, con ese «sonriente disimulo del esfuerzo», a preparar sus caballos, cuando los aficionados piensan que disfruta de bienestar y tranquilidad?

Como si Domecco me hubiese adivinado el pensamiento, explica ante las fotos:

—Todas las mañanas, en el picadero del «Paquete», me reúno con mis caballos a las ocho.

—¿Hasta qué hora?

—Hasta la del mediodía, por lo menos. A veces, vuelvo por la tarde.

—¡Dura tarea!

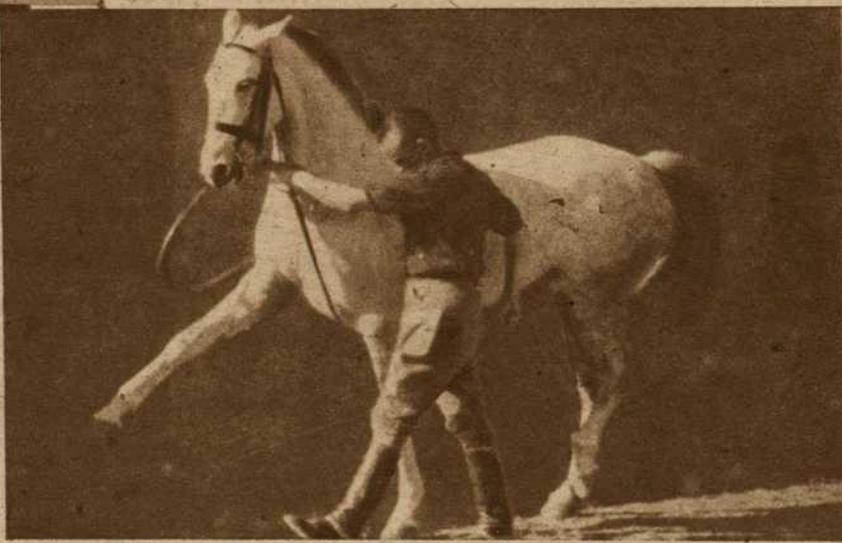
—¡Hermosa tarea! Entenderme con los caballos me proporciona muchas satisfacciones. Es lo que decía Pemán hace unos minutos: una colaboración perfecta. Los caballos y yo nos entendemos. Me adivinan y los adivino. Y siempre están dispuestos a servirme con lealtad.

Otro medio pitillo encendido para una sola chupada, y una alegre parrafada rebosante de optimismo:

—Con los caballos y con pensar que mi voluntaria tarea es útil para otros, me siento contento. Mi afición me enorgullece por el fruto que, a Dios gracias, he podido sacar de ella. Hago algo práctico en la vida y monto con ilusión de vencer. Aprovecho mi juventud y lúcho y distraigo la vida en ser útil a los demás. ¡Soy un hombre de suerte!

Mientras seguimos ojeando fotos, procuro, disimuladamente, de acuerdo con Mari, quedarme con algunas para ilustrar esta conversación, y pienso en la extraordinaria capacidad para el olvido de la ingratitud, de la amargura y del dolor que tienen las almas generosas. En una conversación tan íntima no he escuchado un reproche, una queja, un mal recuerdo de algo o de alguien, cuando se puede tener la certeza de que don Alvaro, en su mismo bello camino de triunfos, habrá pisado muchas veces —y aun habrá de pisarlos— guijarros y espinas que le hieran dolorosamente.

JULIO FUERTES



La doma tiene que ser cuidada con todo esmero. (Fots. Mari)

A UN no se habían extinguido las varas Domecco en la noche del homenaje tributadas a don Almenaje que se le tributó en Madrid, cuando pude lograr un relativo aislamiento junto a él en lugar propicio al coloquio. Sin advertirle nada de mi propósito de utilizar nuestra conversación para EL RUEDO, comencé felicitándole por la gran cruz de Beneficencia que, reproducida en miniatura, decoraba su pecho y por el resultado del agasajo madrileño.

Me interrumpió con emocionada locuacidad:

—Todo rebasa mis méritos. Lo digo honradamente. No sé qué hacer. Para mí era ya bastante la íntima satisfacción de ver subir las paredes del Oratorio y las de las Escuelas rurales en Jerez. Todo esto me obliga más. Ahora he de torear con ambición todo lo que me salga. Quiero ganar dinero, mucho dinero, en esta temporada, que voy a empezar muy pronto; cuanto antes, mejor. De cada corrida que despache quiero salir diciéndome: He ganado tantas toneladas de cemento o de viguetas de hierro... Necesito que todo quede terminado al terminar la temporada, para después...

Se interrumpió. Partió en dos un pitillo rubio, encendió un trozo, le dió una chupada y lo dejó en el cenicero consumirse solo. Me pareció que

condiciones eran buenas, como las que me ofrecieron este año.

Una pausa, que aprovecha para encender otro medio pitillo rubio, y una lacónica contestación a lo del cine:

—Sobre el cine, tuve mis dudas; pero lo pensé mejor. No tengo personalmente nada que hacer en la pantalla.

En la clara sonrisa que envuelve su enjuto rostro adivino que va a entrar en su tema: los caballos. Para mayor efecto, el fotógrafo Mari acaba de llegar y le entrega un sobre de fotografías, que pronto quedan extendidas sobre la mesa.

Don Alvaro las contempla gozosamente. El está con o sobre sus caballos. En unas rejonea; en otras de arriba; en otras doma...

¡Oh, la doma! «Sonriente disimulo del esfuerzo», como dijo José María Pemán en cita de un texto didáctico. Aquí tenemos a Domecco en una serie de fotografías al lado del caballo, con benedictina paciencia, dictando movimientos, haciéndolos él mismo para que el bello animal los aprenda.

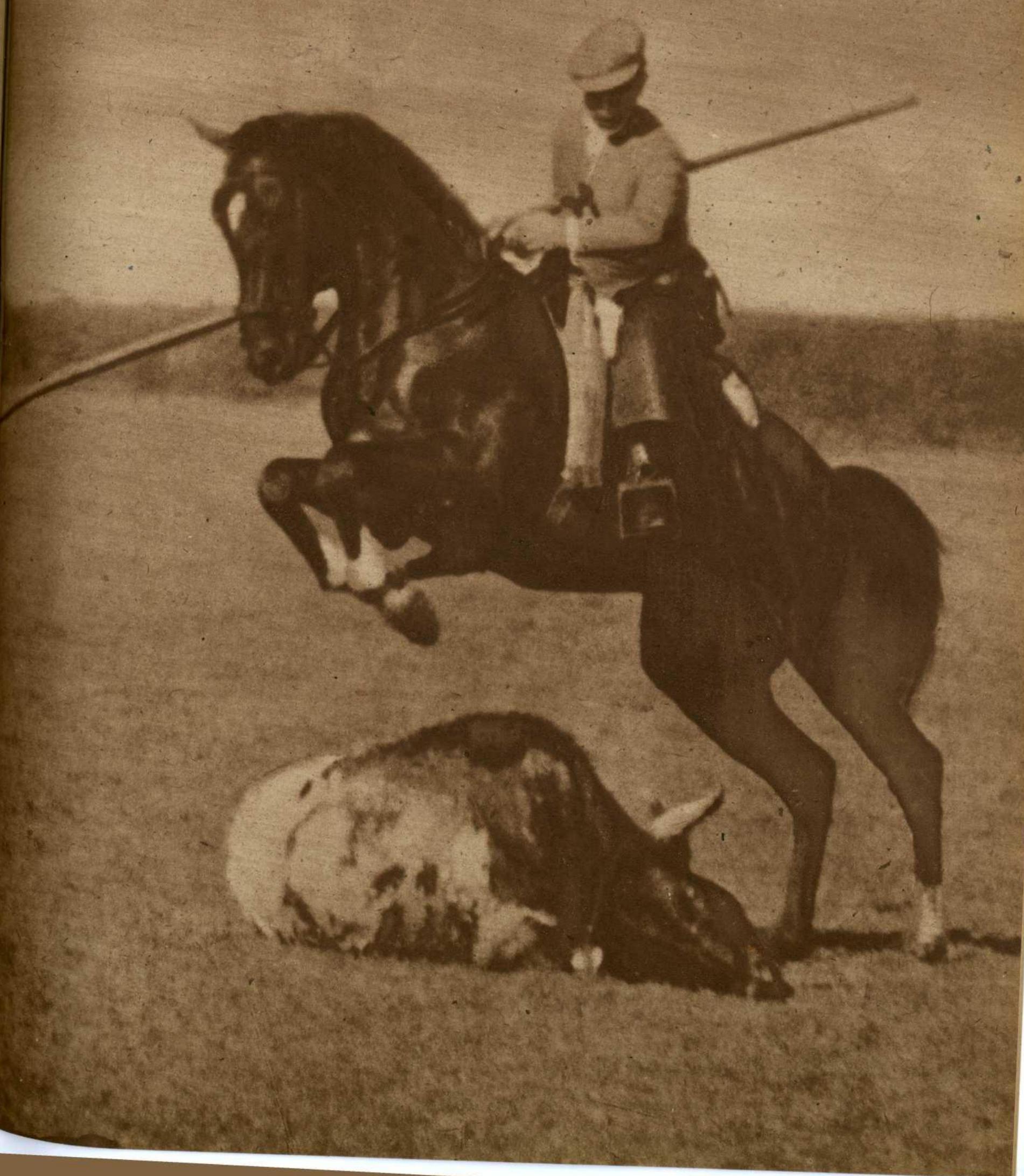
Como cualquier caballo de circo, los de Alvaro Domecco llegan hasta exhibiciones como la presente



Constancia y trabajo intenso se necesita para lograr que los caballos reúnan las aptitudes necesarias

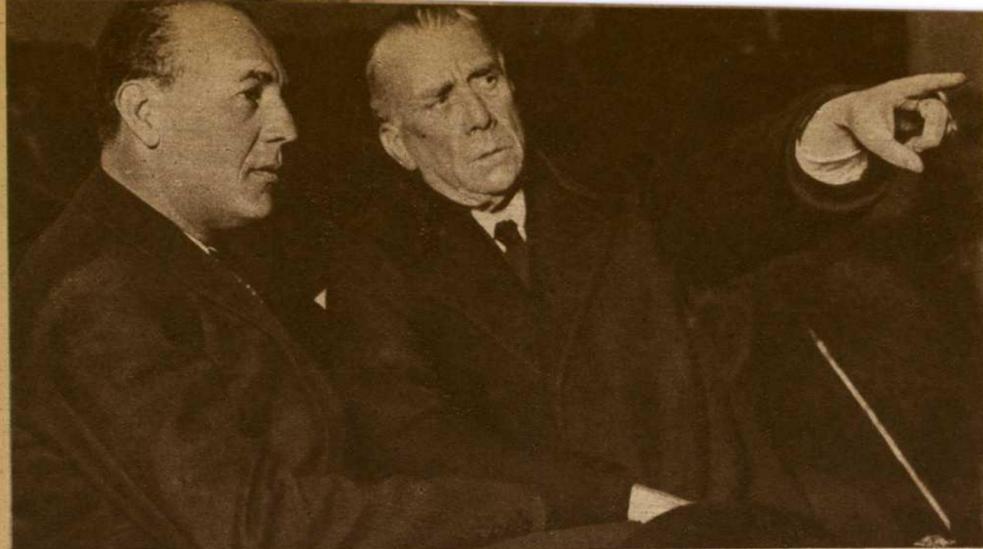


Alvaro Doméca, en su finca de Jerez, salta sobre la becerro, después de derribarla



de
di-
arar
na-
ien-
adi-
plica
l pi-
euno
or lo
r la
erme
lona
que
utos:
s ca-
Me
mpre
con
ndido
a ale-
opti-
ensar
útil
to. Mi
l fru-
odido
áctico
ón de
tud y
en ser
ombre
lo fo-
te, de
e con
onver-
rdina-
de la
y del
enero-
an in-
roche,
le algo
de te-
Alvaro,
triun-
ces—y
ijarros
lorosa-
TES

ar que



La inquietud de Ignacio Sánchez Mejías le llevó al teatro. Aquí le vemos con don Fernando Díaz de Mendoza durante los ensayos de su obra «Manicomio»

(Continuación.)

LA BODA

Se casa Ignacio Sánchez Mejías. Y por su matrimonio entra en la familia de los Gallo, que es familia toda ella de toreros. Al padre, Fernando Gómez García, le llaman Fernando el Gallo cuando se casa con Gabriela Ortega Feria. De este matrimonio nacen seis hijos, tres varones y tres hembras. Los tres varones, Rafael, Fernando y José son toreros; el primero, el que hereda el sobrenombre del Gallo, torero genial y que afama para siempre la espantá; el segundo, no obstante su buen arte, se queda en novillero, y luego se contenta con bregar como peón, y el tercero es nada menos que ese torero extraordinario a quien todos llaman Joselito, y a quien todos reconocen como el de mayor sabiduría taurina. De las tres hermanas, la mayor, Gabriela, se casa con su primo, el banderillero Cuco. La segunda, Natividad, contrae matrimonio con el matador de toros Manuel Martín Vázquez II. Y la tercera, Dolores, es la que se casa con Ignacio Sánchez Mejías.

Quiénes tienen a este torero por torpe para el arte a que se dedica propalan la opinión de que la boda de Sánchez Mejías con la hermana de Rafael el Gallo y de Joselito le asegura la protección de éstos y un puesto de peón que nadie podrá ya arrebatárle. Pero la verdad es que Sánchez Mejías está en ese lugar por méritos propios, porque tiene mucho valor y porque la brega que da a los toros es siempre eficiente para el espada.

Pasa así, gran peón, al lado de Joselito, algún tiempo; su estilo de rehiletero logra comentario entusiasta cada tarde, y un crítico escribe: «Este torero tiene coraje para hacer mucho más de lo que hace.»

LA ALTERNATIVA

Sánchez Mejías torna a ser espada. Actúa en unas pocas funciones —en una de las cua-

les, en Ecija, tiene un perance que puede ser grave— y el día 16 de marzo de 1919 toma la alternativa en la Plaza de Barcelona. Figuran en el cartel de esa tarde, con ganado de los hijos de Antonio Martínez, los espadas Joselito, Belmonte y Sánchez Mejías. El toro de la alternativa se llama Buñolero, y el nuevo matador de toros lo lidia muy bien y lo mata guapamente. Oye unas ovaciones muy fuertes y se le otorga una oreja. En el otro toro mantiene bien el éxito y pone en el graderío mucha pasión. Y acabada la corrida, el espada sale a hombros de la multitud, entre oleadas de aplausos que lo siguen hasta que el coche arranca camino del hotel.

La confirmación de la alternativa en la Plaza de Madrid se celebra el 5 de abril de 1920, al día siguiente de haber toreado Sánchez Mejías la corrida de Beneficencia en Sevilla. Actúa de padrino Joselito, y torea en la misma corrida Belmonte y Varelito.

El ganado es de los herederos de Vicente Martínez y el toro de la alternativa se llama Presumido. Sánchez Mejías tiene una buena tarde, lo aplauden mucho y se comenta en elogio su actuación.

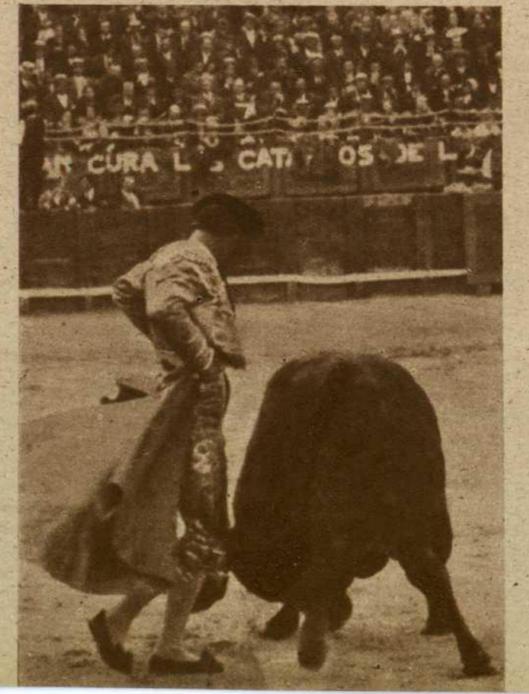
Pero el éxito de Joselito ha sido tan grande, que de él, más que del nuevo matador de toros, habla la gente al salir de la Plaza.

La temporada se le presenta a Sánchez Mejías cuantiosa de contratos. Ya la anterior llegó a firmar ochenta, aun cuando no pudo actuar en todo ese número de funciones. Torea mucho, mucho, en los meses de abril y mayo...

LA TRAGEDIA DE TALLAVERA

Y surge la tragedia de Tallavera de la Reina, en la que la vida de Joselito se queda en las astas de un toro. Aquella tarde es la que Sánchez Mejías recordará siempre con más intensa angustia. Fue él quien aquel día descubrió en Joselito, en el tren, camino de Tallavera, una preocupación extraña y no

Su toro emocionante queda bien patente en este lance de frente por detrás



Vocación, aventura, triunfo y muerte de IGNACIO SANCHEZ MEJIAS

coherente con la alegría con que emprendiera el viaje, y quien le advirtió en el redondel, al oír que el espectador le recomendaba que muletease con precauciones a aquel toro burriciego y bronco. «Todas las precauciones que tomes serán pocas.» Y fué también res que había herido de muerte a su cuñado... Todo recuerdo que es como una tremenda pesadilla, éste que lleva siempre consigo Ignacio Sánchez Mejías. Su dolor por la trágica muerte de su cuñado se refleja fuertemente en su conversación. Y los tristes episodios de aquella corrida en que sucumbió el mayor de los dios de aquella corrida en que sucumbió el mayor de los esfuerzos para que no ahogue su voz el agua de las lágrimas.

Sánchez Mejías cierra la temporada con noventa corridas toreadas. Y hubieran sido más si dos perances uno que sufrió en Murcia y otro en Bilbao, no le hubiesen hecho perder algunas fechas.

LA COMPETENCIA CON GAONA

Está el espada en el vértigo del viaje continuo y del éxito constante. Y cuando, concluida la temporada, sus amigos aconsejan que descanse, él afirma que no está fatigado que quiere irse a América otra vez. Es la época en que Rafael Gaona impresiona de nuevo, con su nerviosa valentía, a la afición mejicana. Y Sánchez Mejías quiere competir con él allí y hacer ese gran esfuerzo que siempre es su afán, porque a todos los luchadores les llama como un halago hacer esa máxima proeza trabajosa y difícil.

Apasiona en Méjico ver frente a frente a los dos espadas. Y el español siente en su toro esa pasión, que lo alienta y lo estimula y lo hace feliz. En realidad, Gaona y Sánchez Mejías miden por igual su valor al torear juntos. En los tendidos sigue la discusión enfebrecida por uno o por otro matador. Pero lo cierto es que ambos sostienen su nombradía con el mismo pundonor y con idéntico éxito.

En esta estancia en Méjico, Sánchez Mejías

varios perances. Y, además, adquiere unas fiebres gástricas que durante algún tiempo lo tienen alejado de toda actividad. Cuando, ya mejorado, vuelve a España, arde el verano en la tierra andaluza. Se presenta en Málaga el 17 de julio. Y torea más de cuarenta corridas, algunas de las cuales constituyen triunfos resonantes. Concluida la temporada en España, viaja a Méjico, donde permanece desde noviembre hasta abril, donde sufre nuevos perances. Uno de ellos es una cornada que un toro de Félix Moreno le infiere en el muslo derecho. Esa cornada que Sánchez Mejías tiene un rasgo que expresa bien su valor y su afición. Después de curado en la enfermería, aprovecha un permiso de los facultativos que lo asisten y vuelve al redondel para seguir toreado. El público le tributa una ovación imponente. ¡Y eso que no conoce con exactitud la importancia de la cornada que lleva el torero!...

PRIMERA RETIRADA

Vuelve a España. Es el mes de junio de 1922. La aureola de torero extraordinariamente valeroso que circunda a Sánchez Mejías hace que el público le exija cada vez más y más, aun con toros, a veces, de malas condiciones. Además, —y es cierto— que este espada cobra a veces honores superiores a los que han percibido los toreros de más nombre. Y esta versión contribuye a esa exigencia del público, que algunas tardes se muestra muy severo con Sánchez

Mejías. Pero éste se impone plenamente en la feria de Valencia, en la que realiza faenas temerarias, y en la que consolida definitivamente un prestigio que se le regateaba mucho, y que sólo a fuerza de decisión puede hacerlo robusto y rotundo.

Y cuando, en esta temporada, ha toreado en España cuarenta y dos corridas, anuncia que la cuarenta y tres es la última de su vida torera en España.

Se celebra esta corrida, en Avila, el 22 de octubre.

Cuando el crítico Don Luis, en su obra *Toros y toreros*, hace el resumen de la temporada taurina de 1922, dice de Sánchez Mejías: «Ya en el anuario anterior he de recoger la nota de impopularidad que, a pesar de sus indiscutibles merecimientos, era la característica del ambiente en que se ha movido durante la mayor parte de su carrera taurina este torero; y por lo que atañe a estas páginas, baste decir que ha sido aquélla una de las principales causas que han determinado la retirada de Mejías...»

OTRA VEZ A LOS RUEDOS

Apartado de los toros, esuelto en principio a no volver a ellos, luego vacilante de tornar o no, Sánchez Mejías ve pasar ante sus ojos la vida plácida y serena que convida dulcemente a abrir un libro nuevo cada día.

Lee mucho Sánchez Mejías en el invierno que sigue a su retirada. Y también en el del otro año, que es en el que surge la indecisión y en el que algunos amigos del ex matador de toros aseguran que éste trata de volver a los ruedos. Pero, mientras, el libro y el campo abstraen las horas de Sánchez Mejías. Leer y montar a caballo son sus aficiones más ejercitadas. Coincide, en lo uno y en lo otro, con Juan Belmonte. Con Juan Belmonte, que se ha retirado de los toros el mismo año que Ignacio Sánchez Mejías.

Los amigos de éste tienen razón. Sánchez Mejías vuelve a ser torero. El 29 de junio de 1924 reaparece en la Plaza de Alicante, entre pleamares de aplausos entusiastas. La temporada suma para él cuarenta y dos corridas. En una de ellas, en Jaén, sufre una cogida importante. Y como aquella tarde de Méjico, el herido burla la vigilancia de los médicos y vuelve al redondel cuando le acaba de ser practicada la primera cura.

Otra vez el rasgo, la afición y el valor, de cara a las palmas de la multitud.

Sigue toreado en la temporada siguiente. Y en ella actúa en la Pla-



Ignacio Sánchez Mejías dispuesto para hacer el paseillo

za de Madrid, en la que hacía cuatro años que no se le veía. Viene aún vendado de una cogida que ha sufrido en Burgos. Pero tan valiente como si jamás le hubiera abierto la carne el asta de un toro. Y se hace aplaudir mucho, y corta una oreja, y el público le pide que no se retire de los toros.

Otra temporada más en la lucha, dura y aguerida, por el aplauso de los públicos: la de 1926. Torea en España catorce corridas y se va luego a Méjico, donde actúa en treinta y seis.

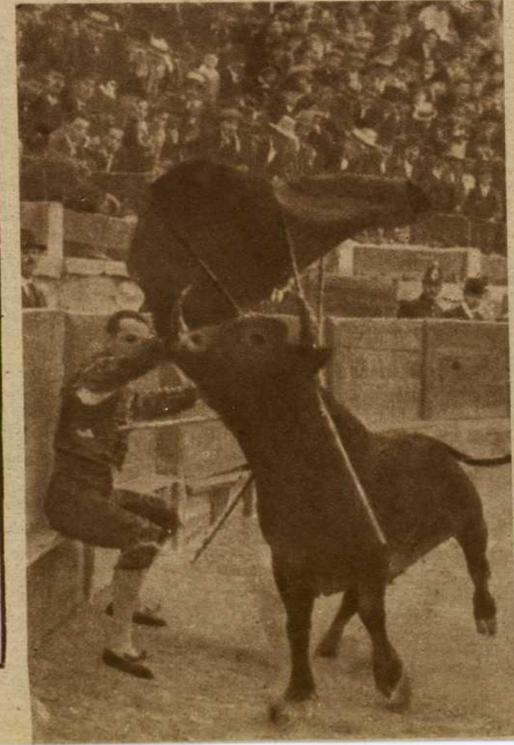
Cuando regresa a la Patria, tiene hecha de nuevo la decisión de retirarse de los ruedos. Pero la oculta, con una gran fuerza de voluntad, para que amigos y consejeros no traten de hacerle desistir de su propósito.

Para todo tiene Sánchez Mejías una fuerza de voluntad así de firme. Para todo, menos para dejar definitivamente de torear. Sin embargo, se aproxima la fecha en que va a decir que se aparta nuevamente de la profesión. Va a decir eso, y no quiere que nadie le apunte al oído una resolución distinta. Pero esto nos exige más espacio y habremos de dejarlo para otro capítulo.

FERNANDO CASTAN PALOMAR

(Continuará)

Otra de sus suertes favoritas era el pase sentado en el estribo. Hele aquí ejecutando uno (Fots. Baldomero)



EL ARTE Y LOS TOROS

Los toros vistos por un artista EXTRANJERO

ES indudable que nuestra fiesta nacional, viril y valerosa, hijuela de un pueblo que supo hembrar, en un espectáculo de difícil y arriesgada ejecución, el arte — un arte vital e inquietante — con la más acusada y honda emoción, cuenta con el interés, entusiasmo y sincera admiración

de las gentes, de propios y extraños, que acuden a él, seducidos, verdaderamente sugestionados, por ese juego conmovedor, ese engaño a que el torero, con su pericia e instinto de conservación, somete a la fiera, y en el que no siempre el hombre, por desgracia, sabe y puede salir vencedor. Y así, este espectáculo tan enteramente nuestro, que pocos, muy pocos, países del mundo han podido copiar o llevar a la práctica, acaso porque para ello se precisa una psicología y un temperamento especial, ha tenido y tiene una repercusión en todas las manifestaciones literarias y artísticas, tal como la novela, el teatro, la escultura, poesía, grabado, cine y pintura. En cada una de las facetas, los toros, la fiesta de la lidia de reses bravas, ha brillado con cierta independencia; pero quizá sea la pintura, como venimos demostrando, la manifestación artística donde nuestro colorístico y luminoso espectáculo, independiente del cinematógrafo, se nos muestra con más palpitable veracidad, con más cierta y hábil visión del hecho real, trasladando al lienzo, no exentos de movilidad y dinamismo, faenas y momentos, escenas e incidentes de las corridas de toros y sus derivaciones.

Cuando ya la persistencia del tema, inagotado, nos demuestra la enorme repercusión que los toros han tenido y tienen en la pintura española, hemos querido escudriñar por primera vez, ciertamente entrelanzados y no sin cierta

curiosidad, en la obra de artistas extranjeros, relacionada con los toros, y efectivamente, en esa búsqueda a que hemos sometido los ficheros y los datos de nuestro archivo, hemos tenido la suerte, que ya esperábamos, de encontrar no pocos cuadros, y, entre ellos, acaso uno de los más bellos e interesantes, el que el pintor Prevost realizó en los finales del pasado siglo, con el título de "Una corrida". Curioso e interesante es observar cómo han visto nuestra fiesta de toros los pintores extranjeros, especialmente franceses y alemanes, a través de cuyo espíritu y psicología, de su temperamento y manera de ver las cosas, las corridas pictóricamente reflejan algunas veces cierta realidad, cuando el artista recogió del natural la escena; otras, no cierta gracia de expresión, y no pocas, desgraciadamente, un concepto equivocado y ridículo de lo que son los toros y del carácter acusadamente bello y artístico de la fiesta, tal vez porque buscaron en la imaginación y la fantasía, en la irrealidad de su concepción artística, un espectáculo al que nunca se acercaron con un propósito noble y generoso de exaltación, tal vez por desconocimiento. Porque aun en la amargura hiriente de la pintura de Goya y Lucas, en la de Solana y Zuloaga, con una España trágica y falsa irrespirable y con vistas al exterior, hay y existe la bella emoción de la obra artística, aunque la realidad torera, más lamentable por ser nuestra, concebida cabe la periferia española, no existiera en la imaginación calenturienta y febril genial y conducente a no pocas elucubraciones artísticas del pintor. Por eso, cuando, frente al cuadro "Una corrida", de Prevost, nos hemos ido deteniendo en el encanto de todas y cada una de las figuras que ilustran

el lienzo, hemos perdonado a su autor lo falso y arbitrario de su concepción general, a cambio de la belleza indiscutible, de la belleza de la pintura y a la maestría seductora de la ejecución. ¿Estuvo Prevost en España? ¿Presenció nuestras corridas de toros?

Su fantasía creadora, desde luego, fué más lejana de la realidad.

Son muchas las figuras que se mueven y corren por el ruedo, bello el fondo, catádracico, de Sevilla, pero absurda la Plaza, los palcos y tendidos, para la época en que el cuadro se pintó. Obra artística de graciosa factura, en la que su creador derrochó sus dotes de maestro de la composición y en la que se fué más a la forma que al fondo del asunto.

Las maravillosas figuras del primer término seducen, fascinan y encantan por la belleza de su realización. Cada una de ellas pudiera, aisladamente, ser motivo de un lienzo.

Hay en todo él cierto sabor romántico, cierto sello característico de un siglo que dejó su influencia en toda manifestación de la sensibilidad y del espíritu.

Las damas de mantilla, los caballeros que siguen atentos las incidencias tumultuosas de la lidia, los toreros que, presurosos, saltan la barrera, el timbalero dormido y enchisterado, la estampa magnífica del toro en su fuerte acometida, el picador que cae, los toreros, el ambiente, en general, del cuadro, es, dentro de cierta falsedad y abigarrado conjunto, de una extraordinaria belleza.

Tal vez sea este cuadro de Alejandro Prevost el mejor que hemos visto, pintado con el tema de toros, por un artista extranjero.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



«Una corrida», magnífico lienzo del pintor Alexandre Prevost, tal vez falso y arbitrario en su concepción o manera de ver los toros, pero bello de factura y lleno de encanto, que lo hacen uno de los mejores realizados con el tema taurino, por artistas extranjeros.

AL
DO
alca
Por
DON
ma
ha
dedicad
mucho
a la m
ción, m
letra pe
los, sus
los días
to a la
para er
horas s
esa eda
tico, qu
—Ust
mañana
su paus
pos mu
—Fi
Chipion
vez a l
de José
mente,
y Fras
tambier
dre de
rodillas
rabillos
por la
nado a
discusi
casa de
con la
eran to
biente
sustrae
ídolos
ción. I
con su
modo
iba un
ba el
poder
do de
he vis
ses, M
zabon
causa
por un

AFICIONADOS DE CATEGORIA Y CON SOLERA

DON FEDERICO OLIVER

alcanzó los tiempos de El Gordito

Por qué escribió "Los semidioses"



Don Federico Oliver, este ilustre dramaturgo, que tantos días de gloria ha dado al teatro español, al que ha dedicado su vida entera, no sale ahora mucho de su casa. Le gusta estar junto a la mesa-camilla, acomodado en su sillón, manejando sus notas, escritas con letra pequesísima, preparando sus artículos, sus magníficas crónicas, que pasados los días de luchas y triunfos, escribe junto a la ventana, por la que entra el sol, para entretener sus días tranquilos, sus horas sin prisa en la serena placidez de esa edad a la que ha llegado don Federico, que es anterior a «los del 98».

—Usted, maestro —le decimos en esta mañana en que hemos ido a interrumpir su pausada labor—, habrá alcanzado tiempos muy lejanos del toreo.

—Figúrese! Mi abuelo, que era de Chipiona, me llevó a Sevilla por primera vez a los toros. Yo he conocido la época de José Carmona, el Gordito, y, naturalmente, la de la rivalidad entre Lagartijo y Frascuelo. A estos tiempos pertenecía también el señor Fernando, el Gallo, padre de Joselito y Rafael. El quiebro de rodillas del señor Fernando era algo maravilloso. Recuerdo a Manuel Domínguez, por la calle de la Sierpe... Yo fui aficionado a los toros desde muy chico. Las discusiones taurinas que se producían en casa de mi padre eran escuchadas por mí con la máxima atención. Mis amiguitos eran todos medio toreros. Y luego, el ambiente de Sevilla. No había manera de sustraerse a este influjo. Los toreros eran ídolos a los que contemplaba con admiración. Frascuelo era un tipo imponente, con su pelo crespo, su cara negra y su modo de matar recibiendo. Con Frascuelo iba un banderillero enorme, que se llamaba el Ostión, y que ponía banderillas de poder a poder, y se quedaba luego cruzado de brazos en la cara del toro. Después he visto al Espartero, el Guerra, Fuentes, Minuto y Faico, que entonces empezaban... También había un torero que me causó gran impresión por su valentía y por su modo de torear: era Antonio Or-

tega, el Marinero. El Marinero se fué a América y no volvió. Pero fíjese qué clase de torero sería que Mazzantini, al evocar a Belmonte, le recordaba siempre como el antecedente más inmediato del toreo de Juan. La muerte del Espartero me la dijeron cuando yo iba por la calle de Alcalá. No recuerdo por qué causas aquel día no fui a la corrida. El Espartero era amigo mío. Se trataba de un torero todo valor, pero torpón. Las censuras que le dirigieron a su estilo quizá motivaran su muerte, al querer complacer a un público que no se le había rendido. Pero, pregunte, pregunte...

—¿Para qué? Yo creo que va a ser mejor así. No quiero someterle al interrogatorio clásico.

—Si nos plantamos en la época de Joselito y Belmonte, le diré que para mí ha sido el mejor del toreo. Yo era partidario de los dos, porque creí siempre que eran un solo torero en dos aspectos. Esto es lo que explica las competencias, que no lo son en realidad. No existía más que un gran torero que se dividía en dos. A Belmonte le vi yo la mejor faena que he visto hacer en mi vida de espectador. Fué en Sevilla, en 1915, en una corrida de la Feria de abril, mano a mano con Joselito. Joselito estuvo maravilloso. Pero en uno de los miuras que le tocaron a Juan, estuvo indescriptible. No he visto jamás llegar a más altura en arte y emoción: lo que hacía con el toro semejaba cosa de brujería... En lo que sí he tenido suerte es en las tragedias. He visto muchas corridas, pero mortales sólo la de un novillero modesto, en Madrid, tan modesto, que ni siquiera recuerdo su nombre.

Ahora, don Federico interrumpe su charla. Quiere enseñarnos un retrato de Mazzantini a él dedicado. El último retrato de torero del famoso estoqueador, hecho en Caracas.

—Yo no he toreado nunca —nos dice después—, porque no se me ha presentado ocasión. De jovencito sí que me hubiera gustado, como a todos los de mi edad, ser matador de toros. Entonces yo no tenía más idea que la de ser artista. Me hice escultor, antes que autor dramático; pero lo de torear no llegué a intentarlo. Ande, ande, pregúnteme alguna cosa.

—Bueno; pues... ¿qué parte le entusiasma más de la fiesta?

—Todo, todo me agrada. La suerte de picar, tal como se hacía en otros tiempos, era fundamental. Claro que hoy no hay más remedio que transigir con los petos. Las banderillas son algo muy vistoso, sobre todo para mí, que se las he visto poner al Guerra, a Fuentes, al propio Joselito que era un rehiletero enorme. Lo que me gusta más es el pase natural, y, por encima de todo, el entrar a matar. Pero al entrar a matar con todas las de la ley, ¿eh? O sea, perfilarse en la cara del toro, arrancarse por derecho y cobrar la estocada. Eso es lo más difícil y lo de más peligro.

—Pero, ¿no hay nada que no le agrade?

—¡ Hombre, sí! Hay algo: el corte de la oreja, el rabo, la pata... Eso procede de la ordinariéz de una parte del público, y es una pena que hayan contagiado a todos los espectadores, hasta el punto de que ya es una costumbre imposible de desterrar. ¿Qué necesidad hay de cortar esas cosas para premiar la labor de un torero?

—¿Se torea hoy mejor que ayer?

—Hoy se torea estupendamente; pero eso consiste en el toro. Con los toros de ahora los toreros de antes harían lo que se hace actualmente. Lo que no sé es si los toreros del día harían con los toros de otro tiempo lo que hacían los matadores de entonces. Todo esto, sin olvidar que la época actual es una consecuencia de las que la han precedido, especialmente de la de Juan. Juan preparó o, mejor dicho, descubrió el camino.

La conversación se corta otra vez, al entrar donde nos encontramos un hijo de don Federico. Después le pedimos al gran autor que nos hable de una de sus obras más famosas: «Los semidioses».

—Es una obra que se ha estado representando durante treinta años, y que todavía se repone en las carteleras. Una tarde, don Benito Pérez Galdós nos hablaba indignado de la pasión desbordada a que habían llegado los españoles en esto de los toros. Nos instó a los que entonces éramos jóvenes a escribir algo para combatir esa pasión tan exacerbada en unos tiempos en que se sucedían los desastres de Marruecos, mientras la gente estaba pendiente del cartel de la próxima corrida y discutiendo todavía de la anterior. Los Quintero dijeron que ellos harían algo. Hasta me parece que llegaron a tomar unas notas; pero acabaron por desistir. Verá, verá... Ibamos por el año 13. Había yo traído a España al notable autor francés Paul Herbier, y un día que pasábamos por la calle de Sevilla, donde el diario «La Tribuna» tenía unos



transparentes, vimos que se congregaba ante ellos una enorme multitud para leer las noticias que aparecían en los balcones. Mi amigo, al ver aquello, exclamó: «C'est la guerre!» Y yo le tuve que responder: «No. Son los toros.» Porque las noticias que iban dando eran las de la corrida

celebrada ese día. Sí. Eran días en que la pasión, agitada por la competencia entre dos colosos del toreo, había llegado a lo irracional, a lo repugnante, al fetichismo, a la adoración del hombre por el hombre. En este ambiente escribí «Los semidioses», y recogí la «temperatura» del momento.

—Pero no es una obra que vaya contra la fiesta.

—No. Nunca fui un detractor de los toros. Lo que yo combatía en ella, como le digo, era aquella pasión excesiva e impropia. «Don Modesto» y Alejandro Pérez Lugín, entre otros críticos, lo comprendieron así. Por cierto que Joselito, con quien yo tenía amistad, cuando vio la obra, no se preocupó por la índole de ésta. Lo único que le interesaba era saber si yo me contaba entre los gallistas o los belmontistas. Un amigo de ambos se encargó de hacerme la pregunta, y le contesté que era gallista, para que se quedara contento.

—Y ¿qué otras obras tiene usted de ambiente taurino?

—La segunda que estrené, «La juerga», en la que el protagonista es un torero. Salvador Canals me dedicó toda una primera plana, reprochándome el que un escritor «joven e inteligente» rompiera una lanza en favor de la fiesta que para él era «bárbara e indignante».

—¡Caramba! Si que es fuerte eso.

—Como verá, mi afición taurina tuvo bien pronto un reflejo directo en mi obra teatral.

—Que es extensísima. ¿Cuándo estrenó usted su primera comedia?

—La primera comedia mía la estrené precisamente en el teatro de la Comedia en 1898.

—Y ¿«La juerga»?

—Al año siguiente.

Y don Federico empieza a hablarnos ahora de muchos y cosas de aquellos tiempos, cuando él tenía y ganaba sus primeras batallas en un Madrid que ahora nos parecería pequeño, pero que tenía una fisonomía bien definida. Sus palabras, tan amenas, prolongan, ya al margen de lo taurino, la charla agradable con el autor famoso, hasta que el reloj nos avisa con dos campanadas cómo ha pasado la mañana sin que lo sintamos.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

Si los burladeros que se colocan dentro de los ruedos, como los que se sitúan entre barreras, cumplieren el destino para que fueron creados, yo nada tendría que objetar contra su permanencia.

Mas del uso se ha pasado pérfidamente al abuso, y la protesta de los aficionados contra semejantes armatostes tiene que ser persistente y sin desmayos.

Y esa protesta, en lo que a mí respecta, naturalmente que se refiere a los burladeros de fuera del callejón; que, en cuanto a los de dentro, siquiera encierre su ocupación por los capigorrnes de todo espectáculo donde hay taquilla, el peligro de que sufran un percance por su culpa los lidiadores o sus auxiliares que buscan un refugio y no lo encuentran, no es un caso frecuente, y el mayor peligro va contra los arrendatarios de las Plazas que ven mermados sus ingresos por el uso que cientos de ciudadanos sienten hacia el «bello gesto» de acercarse a un despacho de localidades, con la mano en el billettero y diciendo: «¡Aquí estoy yo!»

La verruga de la fiesta a la que hoy me refiero es la del burladero dentro del ruedo y junto a la valla, con su habilidosa comunicación con el interior, para que por allí se cuele el torero perseguido y desaparezca, que no es otra la misión de esos burladeros. Y para el lector aficionado, un tanto olvidadizo de las disposiciones vigentes que le favorecen y concuerden, reproduzco el artículo 41 del Reglamento en uso, que dice así: «En la barrera, y para mayor seguridad de los lidiadores, podrán establecerse, con carácter permanente, burladeros o escotillones que permitan el paso de aquéllos al callejón, pero instalados en las debidas condiciones de solidez y seguridad, quedando terminantemente prohibido durante la lidia la permanencia o detención en ellos de los lidiadores.» (Reglamento aprobado por Real orden de 12 de julio de 1930, publicado en la *Gaceta* del 15, rectificado en la del 28.)

Cuando se añadió ese artículo en el nuevo Reglamento de Toros, los defensores de la pureza de la lidia «perdimos las colonias». El anterior no autorizaba la colocación de los burladeros en el ruedo sino en el caso de convalecencia de un lidiador, debidamente justificada ante la Autoridad. Lo decía el artículo 35, que copio también: «Queda terminantemente prohibida

la colocación de burladeros en el redondel, salvo en los casos de encontrarse convaleciente algún lidiador, cuya circunstancia habrá de ser debidamente justificada ante la Autoridad.»

Para mí, desde mi modestia de crítico provinciano, la defensa de ese artículo prohibitivo constituía una lucha enconada contra los certificados y certificadillos, por donde se me escapaban los peces gordos de la torería, a pesar de tenderles una red tupida. Conseguí, no obstante, muchas tardes mi propósito de ver el ruedo sin los antirreglamentarios tableros, aun en corridas del mayor lujo, con espadas de los más empujados, que se traían hecho lo de no saltar ni aunque la Providencia les hubiera dotado, con unas plantas de los pies del más rico caucho. Pero vino el Reglamento nuevo, con su articulo 41, que todavía colee, y no tuve otro remedio que someterme a lo hecho, a la media vuelta de los aficionados, en los mismos despachos oficiales.

Mas el artículo 41 está claro, clarísimo; aunque la realidad nos lo presente turbio. Los burladeros se han colocado para salvarse de la persecución del toro y por el escotillón desaparece, ¿no es eso? Pues son antirreglamentarias las tertulias que los toreros forman «durante la lidia», con la posibilidad de que el torero en peligro no pueda penetrar en el refugio, y con la seguridad también de que algún «tertuliano» de los que ocupan el ar-

redondel, a la media hora, en la misma enfermería.

Años antes, el 20 de junio de 1889, en Baza, el matador de toros Manuel Fuentes, Bocanegra, presenciaba una novillada a cargo de unos jovencillos inexpertos. Uno de los novillos sembró el pánico entre las tiernas huestes, Bocanegra saltó al ruedo para ayudar a los pobres chicos, y en una ocasión en que los cuitados habían colmado un burladero, para Manuel Fuentes no había plaza, y la consecuencia del «lento» fué que a Bocanegra lo llevaron al cementerio a los dos días.

Temporada de 1944 en Madrid. Una tarde, un toro remata contra un burladero; sobre éste habían colocado un capote, por olvido de llevarselo, o, según los maliciosos, para ver lo que pasaba. Y lo que pasó fué que el pobre animal se rompió un cuerno por la cepa. Hubo muchas protestas, se gastó mucha tinta, y los periódicos ilustrados publicaron la fotografía del animalito con su cuerno sanguinolento y colgante. «Se lloró sobre el difunto»; pero, cuando llegó el aniversario, las lágrimas se habían secado.

Pero, en fin, la letra clara y exacta del artículo 41 del Reglamento que rige, autoriza los burladeros permanentes, pero sólo para entrar y desaparecer en seguida por la rajita. Este, para la buena lidia, puede constituir una peca, una mancha. Ahora, que lo de establecer tertulias y abandonar los capotes para que los toros se inutilicen o se rompan, no es mancha, sino verruga. Y contra las verrugas de la fiesta vamos

DON INDALECIO

matoste flaquea aviesamente su capote, la res derrote contra él y se rompa los cuernos o pierda su pujanza, que, como decían los profesores de matemáticas de mis tiempos, al terminar el desarrollo de un teorema, «es lo que se trataba de demostrar».

El 4 de septiembre de 1921, en la Plaza de Madrid, ocurrió un trágico accidente, muy comentado por ser la víctima persona muy bienquista entre los taurinos madrileños. Se llamaba Regino Velasco, era impresor acreditado; en unos almanaques literarios que publicaba cada año tenían gusto en colaborar los mejores escritores y, además, era jefe del personal de la Plaza de la carretera de Aragón. Saltó un novillo al callejón, Regino no alcanzó un burladero hábil, de los de dentro; fué cogido y murió a consecuencia de la cornada recibida.

VERRUGAS DE LA FIESTA DE TOROS LOS BURLADEROS

A FLORENTINO BALLESTEROS LE IMPULSO A SER TORERO LA INQUIETUD DE TRIUNFAR



Florentino Ballesteros

se escapó a la cariñosa advertencia de la Hermana de la Caridad que había tomado sobre sí el papel de madrecita.

Florentino no quería someterse al plan corriente en la mayoría de los asilados. Tenía el ansia de la aventura, de la gloria y de los aplausos.

Primeramente pasó por su cabeza hacerse artista de circo: piculín o titiritero, como decían sus compañeros de asilo, que pronto le distinguieron con especial afecto y admiración.

En las horas de recreo, Florentino comenzó a hacer con su cuerpo las más saladísticas y espectaculares diabluras. Tan pronto se esforzaba en extrañas contorsiones, como caminaba cabeza abajo, como ensayaba planchas, saltos y volatines.

Cuando estuvo adiestrado convenientemente, sus trabajos circenses fueron la nota destacada en la hora diaria de recreo. Los compañeros le hacían corro y todos se hacían lenguas de la habilidad del artista incipiente.

Florentino,

que no se dormía en sus sueños y que quería verlos pronto convertidos en realidad, buscó la ocasión de contrastar sus méritos ante un público, aunque éste fuera de la condición más humilde y callejera.

Al efecto, trabó amistad con el jefe de una «troupe» ambulante de titiriteros, que a la sazón hacía exhibiciones por los barrios extremos de la ciudad.

Aprovechando los días de salida del Hospicio, Florentino, como Don Quijote, hizo dos escapadas por los campos de sus ensueños. Actuó dos días por las calles del barrio de Montemolín.

El primero le fué muy bien. Escuchó aplausos y volvió al asilo con unas perrillas en el bolsillo. Pero de su actuación en el segundo salió desilusionado. Al intentar una difícil cabriola sufrió un fuerte relajamiento de la región cervical.

Volvió al asilo derrotado y decidido a abandonar la carrera de acróbata que se proponía seguir. Y como Florentino era todo un carácter, se mantuvo firme en su decisión.

Más tarde, con los doce años recién cumplidos, sintió afición por la pintura, y para aprender el oficio consiguió entrar en el taller del maestro pintor del asilo, que lo era don Enrique de Gregorio Rocasolano.

El maestro, siempre que tuvo ocasión, alabó las aptitudes y el comportamiento del aprendiz.

Y ya estamos en el momento decisivo en la vida de Florentino.

El 24 de septiembre de 1905 se celebró en el ruedo zaragozano la famosa corrida de Beneficencia, en la que el sabio Quinto y el malogrado Antonio Montes lidiaron de manera insuperable seis toros de Pobes y Santos. Aquella corrida aun se recuerda, por lo maravillosa y excepcional, entre la afición veterana de la ciudad del Ebro.

El diputado provincial don Martín Osés, organizador de la función, reservó la andanada para los niños del Hospicio.

Entre ellos fué Florentino, que con ansias de emulación vió entusiasmado lo que los toreros realizaban en el ruedo. Era la primera función taurina que presenciaba.

Vió cómo Antonio Montes, que a través de la corrida hizo gala de todo su saber, mató a su primer toro recibiendo. Y vió después cómo el gran torero brindaba a él y sus compañeros de infortunio el cuarto toro de la tarde. Saboreó la faena primorosa que hizo el torero y el volapié magno con que la remató. Vió finalmente cómo Montes, entre las aclamaciones entusiastas del público, llevando en la mano la oreja del toro, llegaba bajo la localidad que ocupaban los asilados y les hacía la ofrenda del trofeo.

La suerte estaba echada. Florentino, ante aquel espectáculo tan brillante, tan halagador, de tanto atractivo, formuló el propósito, que ya nada ni nadie había de torcer, de ser torero.

Para poder ir a los toros todos los domingos, ingresó de educando en la Banda Provincial, y a los tres meses comenzó a tocar el clarinete.

Vinieron después las andanzas por las capeas pueblerinas, el arrojarse como espontáneo al ruedo zaragozano en una corrida de toros y, por fin, su sueño dorado: vestir el traje de luces.

Lástima que cuando las ilusiones de Florentino ya realizadas estaban a punto de consolidarse en firme, las astas de un toro pusieran al bello romance de torería el final enlutado de unos versos funestos de tragedia.

ANTONIO MARTIN RUIZ



Florentino Ballesteros en la época de sus éxitos, con su pequeño, que más tarde será un torero también.

QUE figura tan interesante la del torero aragonés Florentino Ballesteros! Su origen desventurado, su crianza en la Casa de Misericordia de Zaragoza, su vivir andariego de «capitalista», su competencia con Herrerín, su comienzo brillante en la carrera de matador de toros, iban forjando un bello romance de torería, que no sólo resonaba en las calles de Zaragoza, Barcelona después, Madrid luego, y muchas ciudades españolas iban sintiendo el atractivo de aquella figurilla desmebrada, que se alzaba y se fortalecía en los ruedos.

Para la afición zaragozana fueron inolvidables las temporadas de 1913 y 1914. Ballesteros y Herrerín, en plena formación novilleril, caldearon de tal manera el entusiasmo de los aficionados, que entre el calor de disputas y apasionamientos surgieron dos bandos irreductibles. Ballesteristas y herrerinistas reprodujeron, en el paisaje reducido de una ciudad provinciana, el ambiente amolío de las grandes competencias que registra la tauromaquia.

No va a ser esta etapa de la vida taurina zaragozana el motivo de este reportaje.

Nos vamos a preocupar exclusivamente de los primeros años de Florentino, cuando en su voluntad, que era mucho más fuerte que su cuerpo, se significó la apetencia de aventuras y glorias. Escaparse de aquella vida de asilado, uniforme, sin ambiciones y sin brillo, era su obsesión.

Florentino, el pequeño asilado del Hospicio zaragozano, era, según confesiones de la Hermana Mariana, la santa religiosa que en la infancia de Florentino llenó, con encantadora caridad cristiana, el vacío producido por la falta de la madre, un muchacho callado, respetuoso, obediente, pero de intensa vida interior. Todo un carácter: lo que se proponía lo realizaba, sin arredrarle peligros ni esfuerzos.

Pronto aquel muchacho de débil desarrollo, con mucha más fortaleza en el espíritu que en el cuerpo, mostró cierta inquietud y desasosiego, que no



Un grupo de toreros asistentes a la tiente celebrada en la ganadería de don Tulio y don Isaias Vázquez, entre el que se encuentra Andaluz, su hermano Luis, el hijo de Chicuelo y Toscano



Los ganaderos Núñez y Guardiola, en el descanso de las faenas

LAS TIENTAS EN ANDALUCIA

ESTAMOS ya en plena época de tiente. Tienen estas faenas camperas un viejo prestigio por todo el campo sevillano. Cerca de Sevilla están los más famosos toros de lidia, en cuyas divisas se sostiene toda la historia del toreo. —Y cuando ya el invierno pasa, y en el aire alegre del buen tiempo se anuncian, casi visperas, los preparativos de la Feria sevillana, los ganaderos congregan a toreros y amistades en pleno campo y los obsequian con la tiente de sus mejores reses. Unas pasan, bien calificadas, al cuaderno administrativo de la casa y otras pasean, a campo abierto, su inutilidad, hasta que el matadero acabe con ellas. Y bueno está ya de preámbulo, que la fiesta es de arraigo y el nombre de los ganaderos resuena, con emoción y fuerza, en el corazón de toda nuestra torería. Don Tulio y don Isaias Vázquez tienen una finca frente al Priorato, cerca de Palma del Río y las tierras de Peñaflo, donde, entre estallantes cielos, evocamos —al cruzarla— la melancólica figura gloriosa de Antofito Molle, que murió por



Don Tulio Vázquez sigue las incidencias de las faenas. A su izquierda, el médico de la Plaza de toros sevillana

aquí, hace años, con banderas de catolicidad. Y en esta finca los hermanos Vázquez dieron campo abierto, hace unos días, a un buen número de becerras bravas. La tiente fué completa. Es decir, se empezó por la suelta, el acoso y derribo, y finalmente, la lidia campera. Dirigían las faenas Luis Fuentes, Bejarano, manzanilla, estirpe y señor de volapiés, que ya se fueron de la plaza, y con él cubrían el campo, a la jineta, don Isaias Vázquez, El Andaluz; su hermano Luis, Antofito Molle, ya casi flamante matador de toros, y Rafael

aquí, hace años, con banderas de catolicidad. Y en esta finca los hermanos Vázquez dieron campo abierto, hace unos días, a un buen número de becerras bravas. La tiente fué completa. Es decir, se empezó por la suelta, el acoso y derribo, y finalmente, la lidia campera. Dirigían las faenas Luis Fuentes, Bejarano, manzanilla, estirpe y señor de volapiés, que ya se fueron de la plaza, y con él cubrían el campo, a la jineta, don Isaias Vázquez, El Andaluz; su hermano Luis, Antofito Molle, ya casi flamante matador de toros, y Rafael

aquí, hace años, con banderas de catolicidad. Y en esta finca los hermanos Vázquez dieron campo abierto, hace unos días, a un buen número de becerras bravas. La tiente fué completa. Es decir, se empezó por la suelta, el acoso y derribo, y finalmente, la lidia campera. Dirigían las faenas Luis Fuentes, Bejarano, manzanilla, estirpe y señor de volapiés, que ya se fueron de la plaza, y con él cubrían el campo, a la jineta, don Isaias Vázquez, El Andaluz; su hermano Luis, Antofito Molle, ya casi flamante matador de toros, y Rafael



El novillero mejicano Toseano, con el hijo de Chicuelo

Los ganaderos Núñez y De la Cova, con otros asistentes a la tiesta, durante un alto hecho en las faenas durante la tiesta celebrada en la finca de don Tulio y don Isaias Vázquez

LAS FAENAS CAMPERAS SE INAUGURAN EN LA FINCA DE DON TULIO Y DON ISAIAS VAZQUEZ



Otro grupo de caballistas, entre el que se encuentra el conocido ganadero don Félix Moreno (Fots. Luis Arenas)

y soltura y toreó a la muleta hasta saciarse. Los más notables gatrochistas sevillanos — citar nombres sería labor arriesgada — intervinieron en el acoso, y uno de los jinetes perdió el caballo en una cornada codiciosa y fulminante de una de las becerras, de gran casta y mucha pelea.

La tiesta ha sido un franco éxito. Los señores Vázquez tienen ya, cuidadas y bien vigiladas, diversas corridas de toros y novillos para la temporada que empieza. Cuando la primera becerria brava apareció ante nosotros y miraba, desafiante, a los numerosos aficionados que acudieron a la fiesta, se quedaron a solas con ella los toreros.

¿Para qué entonces tanta opinión y tanto comentario sobre si el toro es chico o si no tiene poder

Por ahora —he ahí el poder de la fiesta— a los toros no los lidian más que los toreros.

Una frase cándida, pero, ¿no es una verdad?

PACO MONTERO

ta becerras, y casi todas pudieron ser lidiadas de capa y muleta.

Fuentes Bejarano probó, una vez más, que aun podría dar ruido si volviera a las Plazas; fuerte, joven, dinámico y artista, manejó la capa con mucha eficacia

o, más...
on de...
ineta...
An...
y Ro...
Vázquez, el fino novillero sevillano y también próximo doctor. El cuadro, pues, era prometedor, y los señores hicieron honor a sus nombres con una faena completa, completísima y muy torera. Se trabajó incesantemente, cruzaron ante nosotros cerca de cincuen-

POR MI, QUE ENTREN

A R. CAPDEVILA, cordialmente

Hay una posición clásica y una posición romántica, y yo en este trance me declaro abiertamente romántico, y que me perdone mi maestro Eugenio D'Ors, a quien suprimo un "don" que, según confesión pública, le encocora. Romántico de ocasión, a quien complacería un poco de desorden en los toros, por ver si él metía elementos nuevos de pasión, por turbios que fuesen, en el panorama demasiado académico de los toros, en el día. Luego, me holgaría muchísimo en ordenar.

Bajo esa luz tiendo a enjuiciar la posible entrada de las señoritas toreras en los ruedos. Siento que en la seriedad trascendental de la fiesta ya se han abandonado tantas trincheras, que no veo la razón —o aunque la vea, me siento impelido en contra— de batirse en las postreras, ya ineficaces, de la virilidad de la fiesta, la música en la Plaza de Madrid o la concesión de rabos en el mismo anillo. Siento prisa por la reducción al absurdo de los malos rumbos del toreo de hogafío, y me parece que el que Conchi-

ta Cintrón entrase en sorteo en una corrida de feria, ni siquiera novillada, con los primates del toreo pondría en claro algunas cosas. Por eso estoy conforme con R. Capdevila en el peligro, pero ya no sé si lo estoy tanto en no desearlo venir a ver qué pasa. Y es que el estado actual del toreo lo tiene a uno sin demasiadas esperanzas. Desarrólese el absurdo hasta sus últimas consecuencias, y vamos a ver si Dios quiere que se vea claro.

Porque la verdad es que de los varios intentos de entrada que las mujeres han hecho en el toreo, se daba el caso de que contaba éste con unos compartimentos estancos que dejaban la marea en los límites justos, no perjudiciales para el conjunto. Entonces la pugna se debatía entre conceptos éticos, estéticos, humanitarios, y ahora amenazaría trastocar los cimientos y el concepto del toreo. Las toreras quedaban antaño en lo pintoresco como un fleco del arte, más o menos desgarrado. Y ahora se daría el caso que los mismos diestros, de pronunciarse, habrían de votar en contra, por precaución sanitaria. Cuadrillas enteras de señoritas toreras lucían sus gracias abultadas bajo los caireles, cuando Guerrita —me remito a una admirable fotografía publicada en el número del 14 de este mes en EL RUEDO— toreaba unos toros de Mit-

ra en Sevilla que hacen parpadear. La verdad es que había por medio un abismo insondable que hoy no existe.

No necesito añadir que en la segunda parte, la del "todas o ninguna", estoy de absoluta conformidad. El reconocimiento —a lo Guerrita— de que la primera es Conchita Cintrón, etcétera, etc., no estorba la opinión en este sentido, etcétera, etc., no estorba la opinión en este sentido.

Un catedrático de Derecho Canónico preguntó en examen a un alumno si "era lícito a los catecúmenos entrar en el templo".

—Por mí, que entren—respondió el preguntado.

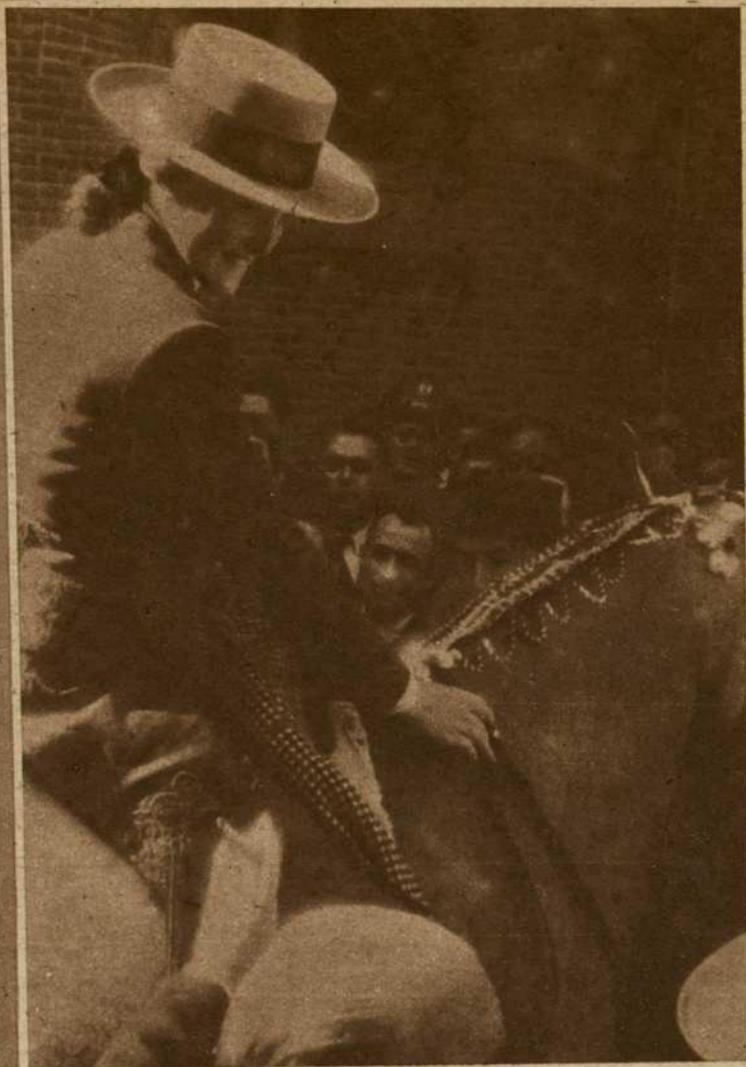
Bueno, pues por mí, que entren también, con su seducción al absurdo, con su radiografía de las lacras de la fiesta debajo del brazo, con su cortejo de novilleros favorecidos. ("Falderos" los llama Capdevila; pero, ¿no se agarrarán a un clavo ardiendo?) Pasen, señores, pasen, al bonito número de descubrir unas zonas verbenas de la fiesta. Pero las señoritas toreras son sólo una barraca acomodada al conjunto. ¿Por qué no han de poder abrirla, si pagan los baratísimos arbitrios municipales del resto?

Conchita Cintrón puede hacer el paseo.

EL CACHETERO

ME da el corazón, en el momento de tomar la pluma, que hoy voy a escribir cosas muy heterodoxas, de las que acepto la responsabilidad personal, pero que me interesa desligar en absoluto de lo que pudiéramos llamar "la opinión" del semanario en que se escriben, en que tantas ilusiones vengó depositando. Y lo digo porque tengo pensado referirme a la ya abierta polémica de las toreras, cuyo motivo principal es la solicitud de que en la próxima temporada le sea permitido torear y matar, pie a tierra, a la gentil Conchita Cintrón. Digo que la polémica está abierta, y sería de desear que no se cerrase por abstención, que sería manera de cerrar en falso, después que la magnífica pluma de un cordial amigo y admirado compañero, R. Capdevila, ha irrumpido en la Plaza con su maestría habitual. Según R. Capdevila, en los primeros de su artículo, la posición debe quedar resumida a lo siguiente: la irrupción de las toreras, que siempre añade un punto de desgarrado, muy a lo Solana, al toreo, sobre ser confusa siempre, sería gravísima en la situación presente, anémica a fuer de purísima, de la fiesta. Y luego: que la justicia obliga a resolver en general, y no adhiriendo a la normalidad del festejo un pegote de excepción personal. O todas o ninguna, entendiéndose por todas las que reúnan un número potable de requisitos.

Esta parece, y parece admirable además, la tesis de R. Capdevila, publicada en "Arriba" de la pasada semana. Me he limitado pobremente a compendiarla, pero el decoro más elemental obliga a aconsejar su lectura íntegra, en la que cualquier lector ha de salir ganando. Uno se va a limitar ahora a glosarla pobremente también, proclamando, en principio, mi identidad de pensamiento con el de R. Capdevila sobre el particular, es decir, en cuanto tanto él como yo estamos obsesionados por el buen desenvolvimiento de la fiesta. Pero tampoco sería justo no señalar ciertas diversidades de camino a seguir. A R. Capdevila le preocupa la pureza de la fiesta, y a mí la robustez de ella.



N
nte
erdad
dable
par-
soluta
erri-
n, et-
senti-
sen-
pre-
licito
egun-
i, con
ia de
on su
eros",
rán a
en, al
ver-
reras
unto
en los
to?
O



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

LOS DOS NIÑO DE LA PALMA

Lo que son las cosas. Ahora resulta que ese novillerito que anda por ahí y que atiende por Cayetano Ordóñez, viene hoy a ser, en nuestra revista, una estampa de otros tiempos.

Y es que ese pequeño bulto que, envuelto en ricos pañales de gasa bordada, descansa en el regazo de la madre, es hoy el Niño de la Palma II, a quien en la iglesia de San Lorenzo, de Sevilla, acaban de cristianar.

Viene hoy a este primer plano retrospectivo, porque nos gusta el recuerdo y la comparación.

Entonces, ese del sombrero ancho, que sonríe feliz a la izquierda de la criatura, era una de las figuras más sobresalientes del toreo de aquella época. Su nombre danzaba en las cabeceras de la sección taurina de los periódicos, y los cronistas deshacían su florete en honor suyo, y poco le faltaba al espada — tanta era su fama — para andar

en las coplas de ciegos, como aquellos coletudos que vestían de corto y paseaban el esplendor propio y el de la gruesa cadena de su chaleco, por los cafetines cantantes de aquellos tiempos.

«Se llama Cayetano y es de Ronda...», escribió de él, con acertada frase, una ilustre pluma de la especialidad. Y la oración corrió de plaza en plaza, de calle en calle, todas las ciudades y pueblos de España,

y el Niño de la Palma, en virtud de aquello y de su arte extraordinario, fué famoso.

Fué por entonces cuando su gracia torera se desdobló en el primer retoño, y cuando, después de hacerlo cristiano, lo llevó como buen andaluz y buen torero, a presentarlo al Cristo del Gran Poder.

Y ya hoy, apenas si la fotografía es de hace unos días, ese pequeño bulto se ha estirado muchas veces delante de un toro, y ha vencido sus derrotas, y ha templado sus viajes. Mientras, el torero famoso, aquel que «era de Ronda», anda por

los ruedos, embutido en un vestido de banderillero. Cayetano era feliz, y no pensaba aun

en su mañana, en el hoy... Y, sin embargo, acababa de bautizar a otro torero.



NUESTRA CONTRAPORTADA

CARLOS PUERTO SANTO



El 4 de diciembre de 1813 nació en Alicante Carlos Puerto. Fué considerado después como natural del Puerto de Santa María, porque era muy niño cuando con sus padres se trasladó a esta ciudad andaluza. Aprendió el oficio de carpintero, y ya era un buen oficial cuando empezó a asistir a las fiestas taurinas que se daban en dehesas y plazas de pueblo. Se aficionó grandemente a la lidia de reses bravas, y en 1833, al quedar sin padre, decidió abandonar su oficio, y comenzó a trabajar como picador. En 1836 marchó a Montevideo, formando parte de la cuadrilla de Manuel Domínguez, y en América estuvo hasta abril de 1841. Hizo allí grandes campañas, desde el punto de vista artístico y desde el económico. Regresó a España y picó a las órdenes de Francisco Montes y Juan Yust; pero el recuerdo de su estancia en

América le hizo decidir su marcha a Montevideo, esta vez acompañado de su madre, antes de que finalizara el año 1841. Trabajó como picador en América hasta 1849, año en el que, después de haber sufrido serios quebrantos en la fortuna que a fuerza de trabajo había logrado reunir, regresó a España.

En la 16 corrida de abono de aquel año de 1849 hizo su presentación en Madrid, alternando con Trigo, y picó los seis toros, de las ganaderías de Aleas, Elías Gómez y Suárez, que estoquearon Francisco y Manuel Arjona.

En 1850 entró a formar parte de la cuadrilla de José Redondo y picó seis corridas en Madrid. El 16 de septiembre le ocurrió en el ruedo madrileño un curioso percance, que Recortes describió así: «Salió en cuarto lugar el toro Ballenato (negro azabache), de don Luis María Durán. Carlos Puerto le ponía la séptima vara casi pegado a las puertas del toril; el toro recargó, elevando el derrote más de lo regular, y enganchó al picador por la juntura de la armadura de hierro, cerca de la rodilla. De tal modo enganchó el asta, que no podía el animal desasirla de la juntura. En esta disposición llevó arrastrando al jinete hasta los medios, en donde, al fin, pudo sacar el pitón». Puerto sufrió algunas contusiones leves, y fué objeto de una ovación de simpatía.

En 1852 ingresó en la cuadrilla de Julián Casas, El Salamanquino, y con este diestro fué al Puerto de Santa María, en cuya Plaza fué herido de muerte el día 25 de junio. Luis Carmena y Millán relató como sigue lo ocurrido: «Van a correrse ocho toros escogidos de la ganadería de don Anastasio Martín, vecino de Coria del Río. Pica Carlos Puerto, el hijo adoptivo de la ciudad, el amigo de todos, el que viene a justificar ante sus paisanos la gran reputación adquirida en las Plazas de la Península y de América, a fuerza de constantes alardes de valor y destreza. Suenan las cuatro, y clarines y tímboles anuncian el principio de la fiesta. Transcurre la corrida en medio de la mayor alegría, y ni los lidiadores ni el ganado defraudan las esperanzas de los espectadores; van lidiados cuatro toros, y Carlos Puerto ha probado con creces a sus paisanos que no usurpaba su reputación; imponente es también la ovación que se le ha tributado. Salta a la arena el quinto toro, de nombre Medialuna, cornialto, de pelo colorado, bermejo, careto, algo salpicado y ojo de perdiz. Sale abanto y con muchos pies, consiguiendo parárselos El Salamanquino con cinco lances de capa, y emprende una faena dura con la gente montada, dejando seis caballos en la arena, a cambio de nueve puyazos. Se aploma un tanto el toro, y trata de obligarle Puerto, citándole muy en corto. En este crítico instante, cuando todo el concurso admira la serenidad del lidiador, que se estrecha de un modo magistral con la fiera, el gobernador civil de la provincia, que en mal hora ha ido a presidir la fiesta, hace una seña enérgica a un salvaguardia para que arree al caballo del picador, y castigado el animal con un fuerte latigazo en los cuartos traseros, se atraviesa delante del toro, que arremete con espantosa violencia, saca de la silla a Carlos Puerto, llevándose clavado en el cuerno derecho, y campaneado por espacio de siete segundos, lo arroja con furia sobre tierra. Se escucha entonces en todos los ámbitos de la Plaza una exclamación de horror, mezclada con gritos y denuetos a la autoridad, que se acentúan y suben de punto, hasta tener que intervenir la fuerza armada y desalojar la Plaza. La herida del diestro es verdaderamente horrible. El cuerno del toro ha penetrado por la ingle derecha y le ha atravesado todo el cuerpo, hasta salir por un costado, destrozándole el vientre y algunas costillas. Heroica fué la serenidad de Carlos Puerto en tan espantoso trance. Marchó por su oje a la enfermería, teniendo que sujetarse con ambas manos los intestinos, que se agolpaban a la boca de la herida, y soportando con resignación inconcebible las crueles operaciones facultativas; sólo se lamentaba de la suerte de su anciana madre.

Terminada la primera cura, se le trasladó a casa de Erasmo Olvera, su amigo de la niñez. Ni la más leve queja exhaló contra el móvil de su desdicha; y al oír a uno de sus amigos pedir castigo para el culpable, sólo respondió: «No hay ningún culpable, y retirete, que es hora de pensar en Dios». A las cuatro y media de la tarde del 29 de junio de 1852 dejó la existencia, a los treinta y nueve años de edad sin no cumplidos.



JOSE ALONSO ORDUÑA,
visto por Fresno



GRUBER

SUCURSAL EN MADRID: FERRAZ, 8

ANTES DE COMPRAR
UNA CAJA, PIDA
CATALOGO A LA
FABRICA MAS
IMPORTANTE DEL
RAMO

ARCAS GRUBER
S. A.
BILBAO



**Balsamo
Azul**

UNGUENTO ANTISEPTICO

PARA ACCIDENTES Y ENFERMEDADES DE LA PIEL

Censura sanitaria
num. 3970

QUEMADURAS. GRANOS. ULCERAS. HERIDAS
VENTA EN FARMACIAS

Muy antiguo
y muy moderno...

Un coñac de
ayer para el
gusto de hoy.



COÑAC



1850

**VALDESPINO
JEREZ**

Cada siete días una vara

OTRA ASOCIACION

NO digan ustedes que no lo advertimos. No hace muchas semanas, en esta misma columna, lo dijimos. Los empresarios se habían reunido y tomado sus acuerdos; los ganaderos, a su vez, lo hacían por otro lado, y no digamos nada de los toreros. Esos siempre están de acuerdo. Dijimos que únicamente quedaban los apoderados para que el público se quedase desconsoladamente solo.

Pues bien; ya está aquí la noticia. Los apoderados han decidido asociarse. Y ellos ponen como disculpa que toman esta determinación para impedir que personas ajenas a la profesión se mezclen entre ellos, dando lugar con esta intromisión a despistes perjudiciales para todo el mundillo taurino.

Quizá sea verdad; pero nosotros —suspicientes en extremo— no nos lo creemos del todo. Ellos tienen miedo de quedarse solos.

Esperamos que esta actitud decida de una vez al sufrido aficionado a tomar una determinación fundamental.

Aunque nos figuramos que en lo único que se seguirán poniendo de acuerdo es en enseñar las entradas a la presidencia.

¡Oh, oh, el aburrimiento!



De vez en cuando conviene dar a la publicidad fotos como la presente. Y mucho más si cuando esto se hace la temporada está próxima a empezar. Porque este buen aficionado, que se echa la mano a la cabeza en un gesto inefable de cansancio y sopor, debe ser el espejo en el que se mire uno antes de salir para la Plaza el domingo por la tarde. Así, si la corrida sale mala, no tendremos más que recordar el aire estoico de este caballero, por cuya imaginación cruza la airada protesta sin que ni su vecino —el de las gafas— pueda siquiera darse cuenta. ¡Qué ejemplo!

UNA ANECDOTA A LA SEMANA

¿COMPAÑERO DE QUÉ?

EN cierta ocasión entró Lagartijo a un establecimiento situado en los alrededores de la Plaza de toros de Madrid. Iba con tres amigos suyos y un maletilla que se les había pegado.

Una vez sentados pidieron algo de comer y de beber. El mozo les ofreció unas almejas, que eran especialidad de la casa, y los clientes aceptaron.

El famoso espada, cuando las trajeron, se sirvió una pequeña cantidad que terminó en seguida.

Cuando las hubo acabado, el maletilla, con afán de hacerse simpático al matador, le dijo sonriente:

—Vamos, compañero, tome usted más, que están muy buenas.

—¿Compañero de qué? —dijo Lagartijo—. ¿De comé armejás?

¡Para la sombra y el

SOL...!



En esta semana pasada, los ases taurinos picaron en Méjico una becerrada.

Aquí, por lo general, ocurre que el público sea el que «pique».

Y no en becerradas, sino en corridas de toros.

BURLADERO

tierra, mientras otros doras no se les autorizan a tirarse al ruedo.

Por lo menos, tantas como corridas de toros se anuncian.

los que propugnan por la actuación de las mujeres toreras.

Sin embargo, nosotros opinamos que novilladas habrá muchas, aunque a las rejonea



en su Plaza. Los precios es una de las trabas más salientes, pues se han llegado a pedir —según afirma el propio empresario— noventa mil pesetas por una corrida.

Lo que viene a ser, aproximadamente, a unas sesenta pesetas el kilo de carne. Contando el hueso. Entre lo que entran, naturalmente, los cuernos. Aunque eso apenas importe. ¡Suelen ser tan pequeños!...



Sigue en pie el tema de las rejoneadas. Hay quien dice que echarán pie a

El toreo y la gasolina

VICTOR CARRASCO rejonea desde el automóvil



Victor Carrasco, rejoneador en automóvil, al que veremos esta temporada en los ruedos en su difícil modalidad taurina

EL rejoneador en automóvil tiene que ser dos cosas: un buen deportista y un conocedor expertísimo de la fiesta. Lo que exige una personalidad en el rejoneador, no muy común. Porque se puede ser un buen deportista y un mal torero. Lo difícil es ser las dos cosas. Y precisamente se necesita ser las dos cosas para rejonear en automóvil. Muchos han considerado este aspecto de la fiesta bajo un punto de vista equivocado. Y le han negado todo cuanto tiene de arriesgado, espectacular y artístico. Y no. El rejoneo en automóvil puede ser el hijo más joven de la fiesta. O, si quieren ustedes, el más moderno. Pero lo cierto es que encierra un modo nuevo de ir al toro, con el "¡Je, je..., torito!" en los labios, confundiendo entre las explosiones del motor; en la mano izquierda los garapullos y en la derecha llevando el volante, mientras el pie en el acelerador acorta o aleja distancias.

Es indudable que el arte del rejoneo en automóvil resulta espectacular y que el rejoneador necesita muchas cosas: vista, buen pulso, valentía y un dominio extraordinario del volante. Y tener afición. Y conocer muchísimos aspectos de la lidia. Porque el rejoneador en automóvil tiene que conocer los terrenos, lo que es el toro en la Plaza, lo que pide, encelarlo, y luego lidiarlo a vuelta de volante. Que no es cosa fácil, porque la "jaca metálica" no es airosa ni ágil de movimientos. Arte, sin duda, difícilísimo, y que sólo pueden practicarlo hombres de temperamento, con un conocimiento total de la fiesta y con un dominio absoluto sobre la mecánica.

En Madrid tenemos un gran rejoneador en automóvil. Un gran aficionado, que soñó con ser torero, que no pudo serlo y que, no pudiendo vivir al margen de los ruedos, se vistió con el traje campero y, montándose en su coche, se hizo rejoneador en automóvil, como úni-

ca y definitiva posición de él ante la fiesta.

Estamos hablando de Victor Carrasco, madrileño él, aficionado a los toros y caballero en su "jaca metálica" por todos los ruedos españoles.

—¿Qué le parece a usted el rejoneo en automóvil?

—Que es muy bonito, que tiene su arte y al que se acabará prestando toda la atención que merece, teniendo presente que es un arte difícil y arriesgado.

—¿Lleva usted muchos años actuando como rejoneador?

—Hace ya seis años que debuté en Madrid. De entonces a hoy, he rejoneado en unos cuarenta festejos, y de ellos, ocho en la Plaza de Madrid.

—¿Con éxito?

—Yo, de mí, no puedo opinar. Pero sí quiero hacer constar que el rejoneo en automóvil, en todos los ruedos que actué, causó sensación. Que ya es algo. Esto hizo crecer mi afición y mi deseo de continuar rejoneando en automóvil.

—Después de rejonear, ¿mata usted sus novillos?

—Sí. Después de banderillar y rejonear, toreo con la muleta y mato yo mismo el novillo.

—El automóvil con el que rejonea, ¿es especial?

—Es preciso que así sea. Lleva muchas piezas que yo mismo he construido. El secreto está en la dirección del coche, que tiene que ir ajustada de una forma especial. También es especial la marcha de cambios, el embrague, el acelerador y los frenos.

—¿Demasiadas cosas?

—Que las lleve el coche, no tiene importancia. Lo importante es que en el momento de rejonear hay que estar pendiente del toro, del acelerador, de los cambios, del embrague, del volante y de los frenos. ¿Muchas cosas?

—¡Hombre!—exclamé, un poco confundido.

—Pues sí—me dijo Víctor Carrasco—. Todo esto se precisa. Y algo más...

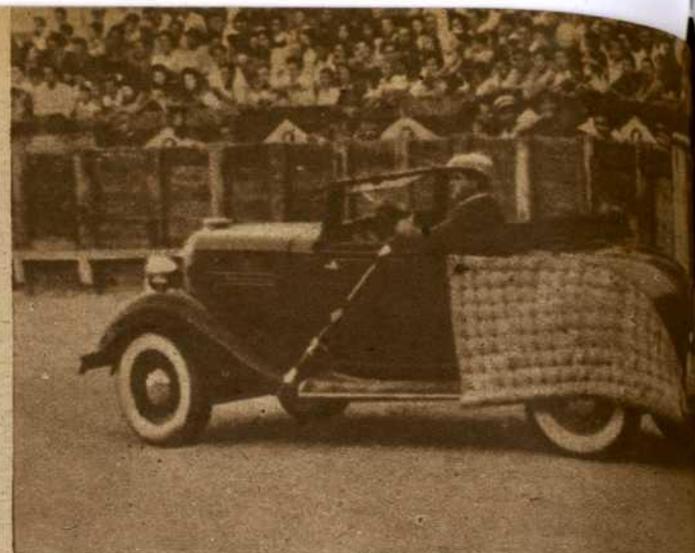
—¿Decía usted?

—Que, además, hay que ser torero.

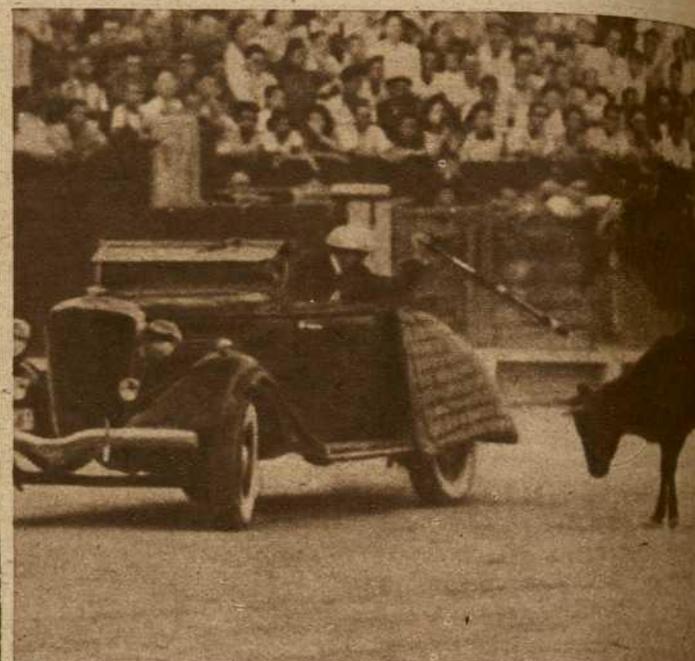
Y Víctor Carrasco se ríe abiertamente. Y yo pienso como él. Que el rejoneo en automóvil es un arte, un buen arte. Y que es difícilísimo de practicar.

Y que merece la atención de todos.

CRUZ ERNESTO FRANQUET



El rejoneador, montado en su "jaca metálica", preparándose para clavar un rejón de muerte



Victor Carrasco clavando un rejón en una de sus actuaciones, que tanto éxito alcanzaron



Arriba: El automóvil y el becerro se han encontrado.—Abajo: El rejoneador coloca en todo lo alto el rejón, con gran habilidad y riesgo (Fots. Manzano y Cano)





ENRIQUE
SEGURA

Viendo la edad de un toro
(Dibujo de Enrique Segura)

arándose

uaciones.

Abajo: El
abilidad y
y Cano.



Toveros célebres: Carlos Puerto Santo
(Dibujo de Enrique Segura)